

Romance de bolero y ron



Humberto Márquez



Romance de bolero y ron

© Fundación para la Comunicación Popular CCS

Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Coordinación general

Francis Zambrano

Coordinadora editorial

Niedlinger Briceño

Diseño, diagramación y concepto gráfico

María Isabel Guerrero / Freddy La Rosa

Ilustraciones

Julietnys Rodríguez

Corrección

Génesis Chávez

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático.



Caracas, Venezuela
Agosto 2022

Índice

<i>Presentación</i>	7
<i>Prólogo (Alegrías y entusiasmos del ron, por Gabriel Jiménez Emán)</i>	8
<i>Sobre el autor</i>	11
<i>Romance de bolero y ron</i>	15
<i>¿Qué es el bolero?</i>	18
<i>Ese bolero es mío</i>	22
<i>Oración para un bolerista por Julito Jiménez</i>	24
<i>Gran Reserva de Santa Teresa</i>	26
<i>Los aretes de la luna</i>	28
<i>Diplomático Ambassador</i>	30
<i>Tres palabras</i>	32
<i>El ron es el mejor compañero del tabaco, el bolero y el amor</i>	34
<i>Quizás, quizás, quizás</i>	36
<i>Catar el ron</i>	38
<i>Sabor a mí</i>	40

<i>1796 Ron antiguo de Solera</i>	42
<i>Tú, mi delirio</i>	44
<i>Ron Añejo Legendario</i>	46
<i>Historia de un amor</i>	48
<i>Ron Roble Viejo Ultra Añejo</i>	50
<i>El último café</i>	52
<i>Cacique Leyenda</i>	54
<i>Convergencia</i>	56
<i>Pampero Aniversario</i>	58
<i>Noche de ronda</i>	60
<i>¿Y por qué romance?</i>	62
<i>La vida es un sueño, el bolero de Arsenio</i>	66
<i>Segunda parte</i>	68
<i>Rones de Colombia</i>	70

<i>Ron Tres Esquinas</i> _____	72
<i>El tango Tres esquinas</i> _____	74
<i>Ron Maestro Gabo Reserva Especial</i> _____	76
<i>Maestro Gabo en tiempo de bolero</i> _____	78
<i>Gabo, el bigote que escribía</i> _____	80
<i>Angustia</i> _____	82
<i>Ron Maestro Botero Reserva Especial</i> _____	84
<i>Gorda</i> _____	86
<i>A manera de epílogo</i> _____	88
<i>Amor perdido</i> _____	89

Presentación

2 022, luego de dos años de pandemia comienzan a levantarse las restricciones sanitarias y la gente, después del temor inicial, va tomando confianza y se enfrenta a la calle, al contacto, a los encuentros, a la vida luego del encierro.

Se reaniman las artes, el deporte, los proyectos personales y colectivos, aunque la guerra, el intervencionismo y los bloqueos internacionales siguen vivitos.

2022, año del bicentenario de las batallas de Bomboná y Pichincha, de los amores de Simón y Manuela, así como del encuentro de los libertadores Bolívar y San Martín.

2022, año del inaplazable renacimiento del diario *Ciudad Ccs*, para dejar –dolorosamente– su etapa de medio impreso y convertirse en una multiplataforma digital, de las cual todas y todos los involucrados estamos aprendiendo, pero con la energía y la certeza de que el cambio es el necesario y lo estamos haciendo con esfuerzo, pero, principalmente, con amor y responsabilidad.

En este año la Librería Digital de Ciudad Ccs le brinda a sus lectoras y lectores cuatro títulos: *La pandemia no puede con el amor*, *Romance de bolero y ron*, un homenaje a nuestras Voces CCS, que semana a semana sacan su creatividad para reflexionar sobre nuestra realidad y, finalmente, el libro de la *Cita con la Actualidad*, esa iniciativa propia de este medio que a través de intensas e interesantes entrevistas nos muestra quiénes somos, cómo estamos e ideas para superarnos.

Deseamos que estos cuatro títulos sean de su total satisfacción y que se mantengan a la espera de los próximos, que, pueden estar seguros y seguras, comenzaremos pronto a planificar.

Prólogo

Alegrías y entusiasmos del ron. Escribir sobre un amigo es en cierto modo, despejar claves dentro de uno mismo, ir en busca de un signo del propio ser que anda por ahí deambulando en los laberintos de alguna intensidad del existir; es en cierto modo hacer la propia crónica desde la alteridad, desde ese fantasma desconocido que puede recorrernos en momentos impredecibles. Ocurre con Humberto Márquez que su manera de existir es la de un movimiento festivo que celebra por igual la amistad, la complicidad o la alegría con similar intensidad, tiene la capacidad de colarse en el entramado de la vivencia cotidiana con naturalidad arrolladora, para extraer de ella la crónica de un momento auspiciada por una canción, una historia o una musa que vienen de antemano consagradas en el flujo de la Bohemia. Escribo Bohemia con mayúsculas porque se trata de una bohemia verídica, de esas que surgen de los fogones íntimos de las casas o desde el fondo del desorden de los departamentos repletos de discos y libros, recuerdos y nostalgias de mujeres, una bohemia surgida en los patios traseros de jardines aromados, donde la carne asada, el sancocho o las paellas adoban la música y la poesía —esas dos hermanas entrañables de un corazón que como el nuestro se resiste a estar solo— siempre alumbrando esos espacios con alcoholes compartidos, dispuestos a coronar esos momentos con las travesuras del amor loco, o de los sentimientos incendiados en los atardeceres de este infinito verano que habitamos.

Los alcoholes de Humberto se encienden en el ánimo justamente para liberar todas esas historias que atesora la memoria gozosa, plena de humor y de esos disparates maravillosos que componen la gran sorpresa de lo humano. Porque este es el rasgo dominante de la personalidad de Humberto Márquez: la sorpresa, el don de asombrarnos siempre con una anécdota jocosa, con un chiste feliz o una broma colosal; juega con las asociaciones más insólitas para procrear las carcajadas más sabrosas y las deliciosas picardías de un encantador de damas, de aquel que puede transmitirnos la alegría en un solo golpe de dados o de barajas, fumando un cigarro, bebiendo un trago, poniendo un disco o un huevo a freír en la sartén, mientras te hace saber, con grave voz, que tal o cuál músico (fue amigo personal de los grandes músicos de salsa como Willie Colón o Rubén Blades), poeta o artista aportan esto o lo otro a la cultura caribeña, de la que él mismo es un representante nato y deja caer sobre el diálogo compartido con una naturalidad pasmosa, los datos que terminarían de ponerle el toque perfecto de picante a esa conversación.

Así mismo escribe Humberto, así han surgido sus crónicas periodísticas en los últimos cuarenta años, editadas en los principales diarios del país; así fluye su voz de timbre grave en

las transmisiones radiales de las mejores emisoras de Venezuela, donde ha mantenido programas de todo tipo y pronto en una emisora de Estados Unidos; así ha sido en las revistas y diarios donde ha trabajado manejando cualquier material disponible, con tal de que todo ello sea noticia interesante, picante, reveladora, acompañándolo de una buena dosis de humor, donde el ron siempre ha servido de vaso comunicante. Como buen catador que es de nuestra bebida, se ha ganado el nombramiento vitalicio de presidente del Club del Ron en Venezuela y asesor permanente de la Hacienda Santa Teresa, donde una bodega de esa prestigiosa solera ha designado una cosecha especial de su producto con su nombre.

A la vez que hace todo esto, Humberto se ha dedicado a animar nuestras veladas con la bebida que mejor asimila su organismo hedonista, la bebida de los marineros y los viajes, de los muelles y las bahías del trópico, el licor que destila la caña de azúcar, la melaza caribeña que ha hecho exaltar nuestro erotismo y nos ha puesto a bailar salsa, charanga, pachanga, guaracha, sones y boleros en templetos, discotecas, playas, bulevares, plazas, clubes y patios donde limones, coca colas y otros aderezos se convierten en cócteles, cubalibres, mojitos y otros exquisitos combinados. A este respecto, es bueno anotar aquí que Humberto es también un experto bolerólogo, un especialista en despechos que ha tenido el tino de tratar la tristeza con la terapia del bolero obteniendo óptimos resultados, expuestos en su libro *Boleroterapia Ese bolero es mío...y tuyo también* (2003), obra que ha agotado todas sus ediciones, complemento imprescindible de este que ahora comentamos, pues es impensable la degustación de un buen ron sin la presencia, en el horizonte de la ebriedad (y de sus variables posibles la iluminación, la lucidez, la borrachera, la pea y el ratón) de un bolero bien interpretado y bien oído, que nos arrastre hasta el fondo mismo de la saudade o la tristeza, una tristeza que aquí en el trópico y con un ron en mano y un bolero en mente, es muy distinta de otras que pueden experimentarse en el mundo, pues se trata de una tristeza que tiene siempre un componente de goce, una suerte de masoquismo sensual que nos salva de las depresiones europeas o de las paranoias gringas, y nos instala en un terreno de esperanza por el nuevo amor, para revelarnos siempre el entusiasmo adolescente que habita en cada uno de nosotros: esa es la pasión cenital de Humberto Márquez y el objeto de este libro, en el que nuestro amigo va revelándonos más que técnicas de fabricación o una historia del licor en cuestión, los secretos de la degustación, pues se trata del relato de una bebida que ha marcado nuestra sensibilidad; en cierto modo la historia del ron es la historia de nuestros riesgos, de nuestros sentidos y de nuestra alegría recóndita, esa que llevamos guardada en lo profundo para derramarla en el propicio festejo de los sentidos; es la bebida que toma el pulso y la temperatura de nuestro erotismo (ya sabemos

que el eros es algo más que goce físico o carnal, es una manera de ver el mundo, una clave para descifrar la realidad), una bebida que nos hace ascender al éxtasis, pero también puede hacernos descender al mismísimo infierno si no tenemos cuidado.

El ron es todo esto y mucho más. Es justamente lo que nos ofrece Humberto Márquez en este libro, gracias a sus relatos llenos de tanta gracia que puede atravesar las cadencias de nuestro frenesí y los ardores inesperados de nuestro sentimiento amoroso, para señalarnos lugares felices de este milagro salvaje que llamamos trópico o caribe, cielo ebrio de azul o mar negro de la melancolía.

Y el bolero y el amor, siempre ahí para completar este romance.

Gabriel Jiménez Emán



Sobre el autor



Humberto Márquez Mujica ha sido investigador del bolero desde la adolescencia, en realidad de toda su vida porque su madre Ana Lucía y su abuela Remigia Mujica, lo arrullaron desde la cuna con boleros y tangos. Ponente durante 25 años consecutivos en el Coloquio del Festival de boleros de Oro, Cuba, con participación en el Coloquio Internacional Danzón en La Habana, dirigidos ambos por la doctora Alicia Valdés. Aparte de realizar muchas entrevistas sobre el tema. Investigador del ron venezolano los últimos 23 años desde la fundación del Club del Ron, del cual es presidente vitalicio.

Conductor del programa de boleros con cobertura nacional *A mí me pasa lo mismo que a usted*, durante 16 años en Radio Nacional de Venezuela, canal informativo

91.1 FM. Certificado de locución 11.096 y productor nacional independiente 19506. De octubre a diciembre de 2021 dictó la cátedra de Bolero, salsa y latin jazz en la escuela de comunicación popular Yanira Albornoz. Y desde hace 7 años es columnista semanal de la revista *Épale* CCS, “Boleros que curan el alma”.

PUBLICACIONES

Como productor de discos, destaca el CD *Lara-Soto-Riera*, HM Records 1992 e *Improvizando* LP. *Banco de Lara* 1983, con el maestro cinético Jesús Soto tocando guitarra y cantando boleros de Agustín Lara acompañado por el maestro de la guitarra Rodrigo Riera.

De sus libros vinculados al bolero y al ron, el más conocido como *Boleroterapia*, fue presentado por Adriano González León y Gabriel Jiménez Emán, en la feria de Valencia 2003. *Ese bolero es mío y tuyo también*. Rayuela, Taller de ediciones. 2003.

Su majestad, el ron venezolano. Editorial CEC, S.A. 2011. Presentado por Alberto Vollmer.

Boleros que curan el alma. 2018. Y *Boleros que curan el alma 2*. Versión tangos 2020, ilustrado por Julietnys Rodríguez. Ambos por la Fundación para la Comunicación Popular CCS de la Alcaldía de Caracas.

Libro *Romance de bolero y ron*. 1 (Este que ahora se publica).
Libro *Romance de bolero y ron* 2 (En construcción).
De Bares, boleros y meretrices (En construcción).

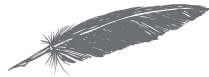
Como productor de Cine-Dirección de cortometrajes.
Bolívar, sueños de la realidad. 2009. Español y portugués.
Jam session. 2021

Cómo animador de Televisión

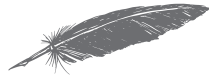
15 años en *Ávila TV*, donde realizó innumerables entrevistas con figuras del bolero, incluyendo a su amigo Helio Orovio, autor del *Diccionario de la música cubana*.

Dedicatoria:

Al ronero mayor, Francisco Magallanes(+), mi hermano del alma.
A mis queridos Bartenders Néstor y Juli, inspiradores de estas líneas.



“ *Siempre recuerdo un poema citado
en el libro Rum, de Ian Williams donde
alega que el ron son gotas de luz de sol del Caribe* ”
Don Tito Cordero



“ *Elogio de tabaco en humo
Tabaco enemigo de la tristeza / planta que Baco ha
sembrado / amigo social del ron / que hace la fiesta animada
/ que sirve de antídoto a los males / que nos da la razón / que
cambia preocupaciones en delicias / que cura los corazones
heridos / y está en el rango del vicio / pese a sus raras virtudes* ”
Charles Perrault



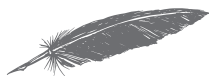
“¿Qué cómo defino el bolero?... No sé, es un ritmo suave donde los bailadores se abrazan como nunca. La vía más grande que conocemos los latinos, digo yo, para expresar amor. Tú sabes que en el bolero uno no ha hecho nada más, los griegos hace mucho tiempo inventaron los sentimientos y uno solamente los revive, los pone de una manera personal, distinta, pero solo eso. El fondo viene de siempre, los celos, el amor, la ilusión...”

Tite Curet Alonso



“Nuestro ron es un animal salvaje, al mismo tiempo lleno de elegancia y fineza, hermoso y rebelde. Es sol y fertilidad. Es trópico y sensualidad. Es libertad, es bochinche, es alegría, es esperanza. Resume y encarna lo mejor de Venezuela y su gente, que cuando se propone hacer las cosas bien, sencillamente hace las mejores”

Vladimir Vilorio



“El bolero es un pensamiento erótico que se sueña a sí mismo”

Iris María Zavala

Romance de bolero y ron

En ocasión del Caracas Ron Festival en noviembre del 2016, organizado por Fabián Lugo y mi buen amigo Vladimir Viloria, gran titular de mis tres intervenciones en el Hotel Pestana con casi honor de cata, Romance del ron y el bolero, Viloria me llamo un día como a las 8 de una madrugada tormentosa, a preguntarme como se iba a llamar mi tertulia sobre ron y bolero, y yo apenas pude balbucear, poeta le cedo el honor de bautizar eso, porque me encuentro en proceso de cumplir una cuota de sueño de alto linaje. Así las cosas, Vladi mezcló como buen mixólogo las dos palabras que me agobian el espíritu y solo pude decir, “aprobado maestro” y así se quedó.

Sin embargo, esas dos palabras quedaron preñadas en mi mente, en mi delirio sentimental de escribir algún día la historia universal de la “sensualidad”, pero ante pretencioso titular, me conformé con dejar incubar este intento de libro que se ha venido escribiendo solo gracias a mi afición por el bolero y a los majestuosos rones de la Hacienda Santa Teresa, gracias a Alberto, Chuma, Magallanes, el gran gigante del ron recientemente fallecido, y a mi amigo Néstor Parra, mi bartender de cabecera; y otras maravillas de la ronería nacional e internacional, inspiradas especialmente en ese gran cultor del ron que es Don Tito Cordero. Mucho tuvo que ver el poema *Elogio de tabaco en humo* de Charles Perrault, inspirador de hacerme presidente vitalicio del Club de Fumadores y con los años también del Club del Ron: “Tabaco enemigo de la tristeza / planta que Baco ha sembrado / amigo social del ron / que hace la fiesta animada / que sirve de antídoto a los males / que nos da la razón / que cambia preocupaciones en delicias / que cura los corazones heridos / y está en el rango del vicio / pese a sus raras virtudes”. Como el ron cura los corazones heridos, ahí estaba el bolero, como remedio de las tragedias sentimentales, durante 16 años de mi programa de boleros que curan el alma, *A mí me pasa lo mismo que a usted*, una tertulia radial, para todos aquellos que sufren o gozan el amor, que llega a sus corazones, por la Radio Nacional de Venezuela. Un programa de formato libre sustentado en los fracasos amorosos de su conductor y su audiencia, con la idea de intercambiar dolores y experiencias sentimentales. ¡El mandado estaba hecho!

Pero hubo otro hermoso antecedente en esto del romance, el bolero y el ron protagonizado por el mixólogo mayor Néstor Parra, gran amigo y mejor colaborador en las fiestas del club del ron que presidido. Y además me presentó a una bella muchacha que fue el último amor de mi vida. Vale decir todos los componentes perfectamente mezclados, jajaja. Pero vayamos a la historia de dónde salió el club del ron. Por el año 99, los jóvenes Vollmer dieron un golpe de estado a la junta directiva de la compañía Ron Santa Teresa, arrendada a un importador de whisky que dejó venir abajo todo lo que tuviera que ver con el ron porque sus intereses eran obvios, durante los 25 años que Don Alberto Vollmer y Doña Christine De Marcellus de

Vollmer fueron embajadores en el Vaticano. A todas estas, Alberto Cristóbal hijo mayor del matrimonio y ya conductor de la empresa, consulta a nuestro “jefe 16” Jonathan Coles, emparentados por esos días por la boda de un hijo de Jonathan con una hermana de Alberto, muy preocupado por cualquier información económica que saliera en los medios y perturbara sus negociaciones con la banca.

Con Coles, presidente de Mavesa, una importante empresa venezolana, yo había trabajado unos 20 años como coordinador del Proyecto Cultural Mavesa, dedicado a la guitarra clásica de la que él es un notable instrumentista y como asesor de asuntos públicos, gerencia que dirigía mi comadre Carmen Elena Maciá. Frente a la pregunta sobre qué hacer ante los acontecimientos políticos de fin de siglo, en pleno desarrollo, me tocó darle la más sensata recomendación —a pesar de quedarme sin trabajo jajaja— que un consultor podría hacer, ¡que vendieran! y así fue como compró la Polar, empresa cervecera que agregó a su portafolio de alimentos, los productos de Mavesa.

Ajá pero que tiene que ver una cosa con la otra, pensarán ustedes. Ah bueno que Coles me heredó al recomendarme con Alberto como consultor y solución a sus problemas comunicacionales, como ciertamente fue al fundar el club del ron. Ya yo era presidente vitalicio del club de fumadores, que echaba humo para fuera, por qué no ser presidente vitalicio de otro también, e inventar uno que echara ron para dentro. Le pusimos música al proyecto y el énfasis a la palabra familiarización, que implicaba a la familia Vollmer como conductora de una historia de más de 200 años, al ron como el elixir maravilloso, eslabón anterior a la panacea, y a la hacienda, como el mágico espacio del dulce “vagavagar”, como diría mi amigo, ese gran escritor venezolano Denzil Romero, de los cañaverales...

Las primeras reuniones preparatorias se llamaron “famtrips”, porque su objetivo era familiarizar a los comunicadores con los jóvenes conductores, con el ron y con la hacienda. Las palabras de bienvenida las titulé la tertulia de la fantasía. “O sea, aquí venimos a beber ron, a comer carne en vara y a bailar salsa, así que cero preguntas de economía y a guardar libretas y grabadores. Jajaja”. Aquello fue ¡exitosísimo! pero lo cojonudo del asunto fue el bien colateral. Mi amigo también fallecido, Igor Molina era mi invitado especial, junto a mi pana fotógrafo Abigail Machado, ambos de las páginas sociales del diario *El Nacional* y aquello fue un burbuellón de historias de las que seguramente, hablaremos, más adelante.

Durante mucho tiempo, el ron era la bebida de los arrabales y de los bares de mala muerte. Por fortuna y como ya lo decíamos en el libro *Su majestad, el ron venezolano*, en lo que va de siglo logramos elevar de categoría al ron y tal vez por la influencia de paladares extranjeros,

hoy comienza a estar presente en los clubes elegantes y en las mejores fiestas. Pero más allá del comportamiento social de los bebedores, el ron, no solo que es nuestro y algo de orgullo nos debería hacer sentir, sino que es una bebida del trópico y para el trópico extensible claro a otras regiones, con el sabor y la sandunga, con el olor de nuestras mujeres, también las más bellas del mundo, y que son el mejor adorno de nuestros tragos, y nosotros del de ellas, para no herir susceptibilidades.

Fue una época de verdadero esplendor, como otro de los grandes fotógrafos de aquellas jornadas en la Hacienda, Girman Bracamonte me decía en estos días, en El Cuchitril, nuestro bar preferido del centro de Caracas, quién tomó grandes fotos de aquellas sesiones maravillosas, pero los verdaderos artífices de lograr categorizar al ron, como ya lo anunciaba, y darle su espléndido lugar fueron el difunto Igor Molina, gran periodista e impertinente rumbero y Abigaíl Machado, fotógrafo insigne, que llenaron páginas y páginas de sociales en el diario *El Nacional*. ¡Algo extraordinario definitivamente!

Ustedes dirán, pero ajá y cuál es el antecedente hermoso. Bueno el cuento es con Néstor Parra, el mixólogo mayor de esta historia, que para entonces era jefe de bartender en Santa Teresa, con quién entablamos una hermosa amistad y le debo de paso haberme hecho el gran favor de mi vida, resulta pues que me cuenta nuestra querida amiga común, Juli Rodríguez ilustradora genial de este libro, que Néstor tiene una página de rones e instrumentales para el bartendeo, y qué mejor lugar entonces para que circule esta historia. Una mixtura de rones y boleros intercalados, en el mejor estilo de un coctel sentimental.



¿Qué es el bolero?

Tratar de conseguir una definición del bolero es una tarea titánica, yo llevo 50 años en esto y no he encontrado ninguna que me satisfaga. Al principio, solo me dedicaba a grabarles casetitos a las muchachas y era un especial divertimento, luego con los años me fui adentrando más en el tema, después vino la radio y la escritura y cada vez que me siento, es como si estuviera comenzando. Me asusta por ejemplo, que muchos que de verdad conocen el tema a veces naufragan también en el intento.

Valga la pena hacernos las preguntas que se hace el experto en la materia Leonardo Acosta... “¿Qué es el bolero? si es un tipo de canción romántica ¿en qué se distingue de la balada, la romanza, la habanera o la criolla, a las cuales por cierto desplazó del gusto popular en la propia Isla? Lo distintivo del bolero ¿es el ritmo, son los giros melódicos, la temática, la manera de exponerla? ¿O será solo la manera de interpretarlo, o acaso la ‘dramaturgia’? Las preguntas son muchas, y no me siento en posesión de las respuestas”. Si Leonardo, investigador, escritor, periodista, ensayista, saxofonista y musicólogo cubano, con quién coincidí varias veces en los Coloquios de Boleros de Oro en la Habana, antes de su fallecimiento en 2016, no tiene las respuestas, entonces ¿qué quedará para mí!... A Leonardo lo prefiero cuando dice, en el prólogo del libro de Luis Antonio Bigott sobre el bolero cubano: “El Bolero es como un personaje de ficción, alrededor del cual se crea toda una trama y se inventa una biografía con visos de credibilidad”.

Sin embargo, a la vuelta de los años me he aventurado a recopilar versiones de cantantes, intelectuales o de mis entrevistados, e incluso he llegado a balbucear algunos intentos. En boleroterapia* y en cuanta intervención académica o no, siempre he sostenido que el bolero es magia y pasión hechicera que enloquece a un hombre por una mujer y viceversa. O hasta parafrasear a Discépolo, el bolero como el tango, es un poema que se baila “pegao”. Pedro Vargas dijo que un compositor cubano, Sindo Garay le dio la gran transformación a lo que en su origen era una danza española. Salvador Garmendia me dijo que “Pedro Vargas comenzó con aquello de los crooner y la canción se convirtió en cómplice de la vida, en cómplice de tus pequeñas picardías amorosas; sus mensajes iban directamente a la muchacha, la declaración de amor, el despecho, para pedir una caricia o para pedir un beso”.

Más adelante, me hice cómplice de Jesús Soto y de Agustín Lara, para robarnos un texto del “Flaco de oro”, que aunque no era una definición, sí es lo más desgarrador y hermoso que he encontrado. Soto por su parte, a quien produjo aquel CD donde cantaba boleros de Agustín y acompañado por Rodrigo Riera, reveló su entusiasmo por “El interés colectivo en recuperar el bolero, no solo por su valor romántico sino por su valor creativo y literario. Esas

letras que parecen banales son, al mismo tiempo, la poesía popular del Caribe”. Sin embargo, como decía, no puedo dejar de citar al músico-poeta Agustín Lara, en cuya carátula de aquel disco de antología hay un texto cortesía de la bella poeta Eddy Godoy, al que me refiero: “Este no es un disco, es un pedazo de mi sentimiento arrancado en el preciso instante en que debía cortarse, como se hace con una rosa hecha botón y próxima a reventar cuando se le separa del tallo, criminalmente, y se convierte en paloma de sangre volando hasta los labios de la amada, para tener con ellos el duelo de carmín que no llega a la muerte. Pero este no es un disco, aun cuando la forma y el sonido lo desmientan; esto es algo que yo quiero ofrecerle a usted, como una migaja que pudiera llegar milagrosamente hasta el lago infinito de su silencio...”.

En julio del año 1986, para ser preciso a fines de mes, me encontraba en La Habana, atendiendo una invitación de Havanatour y de la Agencia Cubana de Artistas (Cubartista) y compré el libro recién salido, *Bolero*, del narrador y periodista Lisandro, que Héctor Mujica comentó en el *Papel Literario* del 10 de agosto de ese año. Las sanas ínfulas de tener algo desconocido para mis amigos se esfumaron cuando Manuel Felipe Sierra me comentó que Caupolicán Ovalles se encontró con Lisandro en Moscú y recibió los derechos de autor para imprimirlo en Venezuela en la editora Contexto Audiovisual 3, de Gonzalo Rodríguez a beneficio de la Asociación de escritores de Venezuela que Caupo presidía. Por lo más, fui designado como jefe de prensa de la editorial y viví tan de cerca el proceso, que hasta tuve los derechos para cine unos meses e incluyó organizar la presentación del libro, acto al que por cierto, no llegó el autor por un retraso aéreo y Caupo tampoco llegó por un lío de faldas. De tal manera que poco le duró la exclusividad a mis amigos Víctor Suarez, Ramón Hernández, Luis Zelcowicz y Gilberto Miquilena cuando el libro salió a la calle en la edición de Gonzalo, porque dejaron de ser los felices poseedores de los únicos ejemplares del libro en Venezuela.

Pero más allá de la nota de mi profesor Héctor Mujica, que toca los dos puntos cardinales de este libro, en lo que se refiere a qué “Lisandro Otero se planteó, como narrador el problema Benny More, el gran cantante atormentado por sus duendes y sus sombras, por la mujer que le consumía las entrañas del mismo modo que el ron se las devoraba”. Pero más allá como decía, me impresionaron gratamente los apuntes sobre el bolero de “El profesor”, uno de los personajes del velorio del cantante, que va cubriendo el periodista Agustín Esquivel, por encargo del periódico en que labora, y es de alguna manera, la estructura de la novela.

“El bolero, ¿Qué es el bolero? es algo que no tiene explicación y lo trasciende todo, sabía naturalmente ofrecer una fundamentación técnica de origen español, en ritmo de tres por cuatro, brillante, vivaz... principales variaciones; el paseo y el bien parado, nada que ver con

el otro bolero, el cubano, el de Santiago de Cuba que pasa a México y a Puerto Rico donde se funde la percusión africana y la tonada hispánica, utiliza el compás de dos por cuatro”, termina la ficha.

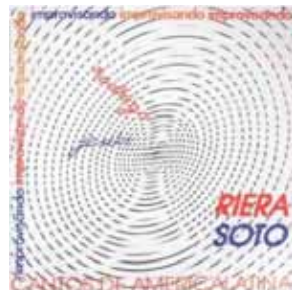
Pero las reflexiones de “El profesor” superaban la ficha técnica y en casi un tratado de sabiduría sentimental, pontifica que la letra del bolero casi siempre es una historia de sufrimiento o de resignación y a veces de triunfo cuando se ha traspasado la etapa de aflicción —lo que de alguna manera nos permite perfilar el bolero como un catalizador de los primeros chispazos del enamoramiento y/o como cañería del despecho, una suerte de desagüe del desamor y con la brillantez del caso, el profe se extiende —; habría que explicar por qué el bolero se halla en el umbral amoroso: entrando o saliendo de la pasión; porque hay mucho de frustración que casi siempre conduce a la absolución, pero nunca al aborrecimiento —aunque esto me parezca relativo y depende a mi juicio, de la inteligencia emocional de los enamorados y/o dejados, pero “El profesor” sigue disertando—, habría que estudiar por qué el bolero es una extensión del acto amoroso, que se expresa conceptual o dinámicamente: con juicios de valor, descripciones situacionales o con el entrelazamiento de los cuerpos en el baile lánguido y sentimental —y para colocar la guinda que le faltaba a este pastel amoroso acude al escritor inglés David Herbert Lawrence, varias veces censurado en su época por supuesta obscenidad sexual, y autor entre otros libros memorables como *Mujeres Enamoradas* y *El amante de Lady Chatterley*, para marcar las diferencias culturales del amor—; habría que comprender por qué D. H. Lawrence dijo que en los pueblos anglosajones el amor era algo embarazoso porque nunca se objetivaba con palabras; los pueblos latinos, en cambio, viven el amor como un hecho cotidiano acompañado de una exuberancia verbal. Si no que lo diga el Tite Curet Alonso: “El bolero es un acto de alevosía... el cómplice de la fecundación antillana...”.

Lo que sí es cierto es que definitivamente prefiero las que se puedan recopilar en una posible historia universal y sentimental de la humanidad, bien lejos de las fichas técnicas y disquisiciones teóricas. Y como en cualquier caso, las pesquisas policiales nunca han sido necesarias para estas cosas del amor musicalizado y mucho menos para las miradas furtivas a esos rostros fugaces entrevistados en los corredores de las madrugadas. Las cosas son mucho más sencillas, dejemos que lo digan los versos de Juan Gustavo Cobo Borda ofrendado en el propio *Altar del Bolero*, “Aquel bolero mientras el portero bosteza y los huéspedes regresan ebrios / aquel que habla de amores muertos y lágrimas sinceras... / los amantes se llaman por teléfono para escuchar / tan solo su propia respiración / pero alguien algún día, en el desorden del trasteo / encontrara un poco de aquellos besos... /

mientras tararea / déjame quemar mi alma en el alcohol de tu recuerdo”.

Y como coda de esta tanda de testimonios cargados de calor humano y sentimiento, quiero cerrar diciendo que este bolero es mío, desde el comienzo al final —tal como decía Felipe Pirela en los versos de Mario de Jesús—, qué importa quién lo haya hecho, es mi historia y es real. ¡Llévatela Gouveia! Jajaja.

* La boleroterapia alude a un libro del autor, *Boleroterapia. Ese bolero es mío y tuyo también*.



Ese bolero es mío

“ Ese bolero es mío / desde el comienzo al final / que importa quién lo haya hecho / es mi historia / y es real / ese bolero es mío / porque su letra soy yo / es tragedia que yo vivo / y que solo / sabe Dios / lo hicieron, a mi medida / yo serví, de inspiración / y su música sentida / se clavó, en mi corazón”... No sé por qué tardé tanto en llegar a este bolero que ha sido tan emblemático en mi vida. Tal vez porque su compositor Mario de Jesús Báez se lo entregó a Javier Solís y a Felipe Pirela que lo hicieron suyo y no dejaron nada para nadie. Ambos artistas, el maracuchero Pirela y el mexicano Solís, se metieron de tal manera en su letra que no quedó alguna duda que ‘lo hicieron’ a su medida desde el comienzo al final. Tanto que José Napoleón Oropeza lo coloca de epígrafe en su novela *Entre el oro y la Carne*. La trágica vida de Felipe Pirela contada con certero realismo. Y ciertamente, *Ese bolero es mío* fue una de las claves de la vida de Felipe porque su vida fue un bolero desde el comienzo al final, lo de Felipe fue una verdadera epopeya, como le escribí algún día, en la que fue un héroe trágico por designio divino y víctima inocente de una sociedad moralista e hipócrita... ese bolero era de él, por el derecho casual y por ser motivo del tema pasional. Y fue además introito en la película *El Malquerido* de Diego Rísquez que arranca obviamente con *Ese bolero es mío*.

Y lo que quedaba se lo llevó Javier Solís, que hizo una llave maestra con ese extraordinario compositor de San Pedro de Macorís, Don Mario de Jesús Báez, cuando le grabó “Y”... *Y que hiciste del amor que me juraste*... episodio que culminaría con el autobiográfico *Ese bolero es mío*. Antes de la temprana muerte de “Javierrillo” a los 35 años en 1966.

Yo, ante ese trinomio de cartel, lo único que pude hacer fue recoger las migajas debajo de la mesa, recoger también el poema de Julito Jiménez en *El enlosao*, y cuando me tocó publicar mi libro *Boleroterapia 1*, lo subtítulé *Ese bolero es mío y tuyo también*... te lo regalo pues... jajaja.



Oración para un bolerista por Julito Jiménez

Felipe, el de la bienamada voz,
héroe del bolero; una malquerencia condujo tus pasos
a cerrar para siempre tus pupilas en una calle de Borínquen,
y aunque tu casa natal en Valle Frío
haya sido borrada de la faz de Maracaibo
evocamos tu cálido nombre en este enlosao.
Sabemos que desde el cielo de bardos nos vigilas
y clamas por la supervivencia de las rocolas,
allá seguramente bailas con Toña La Negra en un ladrillito
un mosaico de la Billo's y libas con Daniel Santos
por el retorno de Linda.
Con el piano de los astros, cada luz una tecla,
se conmemora este día.
Sombras nada más con los despechados que te ignoran.
Que las tablas de la salvación de los bares
nos sean cómplices
y nuestras palabras sean siempre dignas de crédito,
para que permanezcamos ardorosos como el bolero.
Eso deseamos por la gloria de tu nombre
Amén.



ORACIÓN PARA UN BOLERISTA

Felipe, el de la bienamada voz,
héroe del bolero,
una malquerencia condujo tus pasos
a cerrar para siempre tus pupilas
en una calle de Borinquen
y aunque tu casa natal en Valle Frio
haya sido borrada de la faz de Maracaibo
evocamos tu cálido nombre de este enlosao;
sabemos que desde el cielo de los bardos nos vigilas
y clamamos por la supervivencia de las rocolas,
allá seguramente bailas con Toña La Negra en un ladrillito
un mosaico de Billos y libas con Daniel Santos
por el retorno de Linda.
Con el piano de los astros, cada luz una tecla,
se conmemora este día.
Sombras nada más con los despechados que te ignoran.
Que las tablas de la salvación de los bares
nos sean cómplices
y nuestras palabras sean siempre dignas de crédito,
para que permanezcamos ardorosos como el bolero.
Eso deseamos por la gloria de tu nombre
Amén

Julio Jiménez

Gran Reserva de Santa Teresa

Recordado en nuestra juventud como el “Pecho Cuadrado”, para mí, Gran Reserva de Santa Teresa es el gran ron de rones. Por lo recio de su sabor a alcohol y ráfagas de madera de su añejamiento en barricas siempre ha sido mi preferido. Una tarde en la hacienda Santa Teresa, en una de aquellas deliciosas sesiones del club del ron, conversaba con Don Alberto Vollmer y un obispo brasileiro de visita por esos días en Venezuela. Me encantó su presentación cuando le dijo al monseñor: “Éste es el único comunista que yo quiero”... jajaja... seguidamente me pidió que consiguiera dos roncitos para él y para mí. Cuando le pregunté de cuál quería, si ¿1796 o Bodega Privada?, me sorprendió gratamente diciéndome: “Gran Reserva sin duda alguna, ese es el verdadero ron, lo demás es buen mercadeo”... Viniendo de él, el gran hacedor de la maravilla ronera que producen en nuestra querida hacienda, me encantó que yo no andaba tan perdido en mi pasión por el “Mazinger”, como le decíamos en la UCV. Lo que no quita que me encante también el 1796 en momentos de humo y que me haya bajado una barrica de Bodega Privada en los mejores años del club del ron.

El Gran Reserva, dicen los conocedores, se anuncia como una mezcla de rones envejecidos hasta 5 años, pero su sabor y calidad lo colocan equivalente con la mayoría de los rones de 2-3 años en Venezuela, ideal para ser combinado en cocteles estilo cubalibre y para los más atrevidos, un mojito con ron tinto puede ser un toque diferente y llamativo. Yo personalmente lo prefiero seco o con dos o tres cubos de hielo. Usarlo en cuba libre me parece un pecado, pero si las ganas abundan, para eso está Carta Roja, que es otra bondad de la hacienda y aun siendo un subproducto —porque no es un ron que cumpla los dos años de añejamiento— es ideal para la coctelería.

De la cata técnica de Diego 440, encontramos: “En vista, el Gran Reserva se trata de un ron de color ámbar con tendencia hacia naranja, con pocos destellos y brillos, y sin partículas en suspensión. Es un ron de baja densidad, que al agitarlo presenta lágrimas que se deslizan rápidamente por la copa y apenas dejan una estela”.

“En nariz, tiene una intensidad alcohólica alta que apenas si deja apreciar aromas, y hay que probar un par de veces para tratar de apreciarlos, y deja un picor en la nariz en cada instancia. Cuando finalmente llego a apreciar aromas se sienten como de melaza y levadura cruda, con una ligera fermentación. Los aromas son dominados bastante por el alcohol. Adicionalmente también se aprecian aromas de madera y cítricos, pero ninguno tan marcado como esa intensidad alcohólica”.

“En boca, los sabores se sienten en orden de amargo, astringente, dulce, ácido y salado.

Es más, los sabores amargos llevan una amplia delantera y se identifican como melaza cruda, ciruelas, azúcar morena, chocolate y regaliz, con un retrogusto de cambur (banana) verde. Tiene una larga persistencia en boca y su bajada es bastante larga, llegándose a sentir su paso por garganta, pecho y hasta el estómago. Posteriormente se siente un picor en la garganta y la lengua”. Como decía: “Gran Reserva de Santa Teresa, es de los mejores rones del mundo”.



Los aretes de la luna

En estas historias del bolero uno siempre encuentra datos inverosímiles. Como ese en que José Domingo Quiñones —como se llamó para mí hasta hace unos días—, por un cuento de mi recién fallecido pana Havid Sánchez, el autor de *Los aretes de la luna*, se llamó ciertamente José Dolores. La confusión pudo venir porque siempre aparecía en las carátulas de los LP José D. Quiñones y ahora vine a saber que su nombre real fue José Dolores Sotolongo Quiñones. También me enteré que pasó un tiempo de su vida encaramado en andamios de iglesias: José Dolores fue pintor de brocha gorda y subía a pintarlas.

Los aretes de la luna fue inmortalizado por Vicentico Valdés con La Sonora Matancera y también cantado por el legendario músico cubano, radicado en España, Antonio Machín, quien precisamente invita a José Dolores a Europa, donde aplicó el salvavidas latinoamericano de cantar en cafés. En una de esas, le cantó a Federico Fellini, quien lo contrata para la película *Boccaccio 70*. Después pasó por Noruega y otros países, hasta que se instala en Francia, donde compuso cientos de canciones, crio muchos hijos y finalmente murió.

Hurgando en internet encontré el correo de su hija Jeanne Quiñones. Le escribí acerca de lo que hago en radio y en mi columna “Boleros que curan el alma” de la revista *Épale*, así que le pedí más datos sobre *Los aretes de la luna*, pero no hubo respuesta, por ahora. Hubiese sido muy interesante saber si ella conocía algún detalle sobre la inspiración de “El filósofo del bolero”, como también se le conocía. Mario A. García Romero supo por uno de sus hijos, nacido en Francia llamado Jean-Luc Quiñones, que su padre había fallecido el 28 de marzo de 2008 en el asilo Saint-Lys en Toulouse.

El cuento de Havid, director de la Sinfónica de Maracaibo —versión corta porque lo he echado varias veces— reza que un 31 de diciembre en París, un maracuchado adinerado invitó a sus paisanos a una gran cena en su casa, pero puso la condición para variar, de “solo para maracuchos”. Desde las 10 empezaron a llegar con sus carajitas europeas (alemanas, francesas, españolas. La de Havid era sueca) y el carajo los corrió de la casa por las extranjerías. La sueca también lo sacudió a él, su mentalidad no le permitía entender aquel fin de fiesta tan caribeño. Todo achicopalado se fue al café Odeón a tomarse una botella de vino, solo solito. Como estaba un negro cubano en la mesa de al lado, caribeños al fin, empezaron a conversar y resultó ser José Dolores Quiñones. Amanecieron parrandeando. Tal vez el Año Nuevo más feliz de sus vidas.



Diplomático Ambassador

La despensa de Valdez de Málaga lo describe como: “Un ron verdaderamente memorable, compuesto por una fórmula que busca la perfección y el balance ideal en cada gota. Sus reservas han sido cuidadosamente maduras hasta 12 años de envejecimiento, evocando el alma de la familia de Ron Diplomático, para luego ser separadas en cantidades ínfimas y pasar a su segunda crianza por más de dos años en barricas españolas de Pedro Ximénez. Equilibrado en nariz, aromas ligeros entre frutos secos y notas ahumadas, evocando sutilmente el roble y la miel de caña, para dar paso a un complejo paladar con recuerdos de chocolate negro, crema, vainilla y fruta seca. Profundo y fascinante postgusto”.

Cuenta Tito Cordero, artífice de las mezclas de Ron Diplomático: “Cuando presentamos Ambassador en Praga en el 2011 se vendieron todas las botellas que teníamos para seis meses”. De ese ron, el más encumbrado de la casa, solo se hacen 3000 botellas que van al extranjero. Los rones de la mezcla añejan 12 años en barricas de roble y luego dos años más en barricas de Pedro Ximénez. Es un ron bien complejo en armonía y sabores. Tiene notas a frutos secos, vainilla y ahumados. Son rones que en la nariz sugieren canela, especias y roble tostado. Cuando llegan a la boca, recuerdan a puros y chocolate. Es un ron para beber solo y en ocasiones muy especiales.

Dusa cultiva y mantiene su propia cepa de levadura, que se utiliza para convertir el azúcar en alcohol. Los rones ligeros hechos con melaza requieren una corta fermentación, de aproximadamente un día. Por su parte, los rones intermedios y pesados que se hacen de la miel de caña de azúcar, necesitan dos días para fermentar.

Los rones Diplomático se elaboran a partir de melaza y mieles de la caña de azúcar. La melaza con el mayor contenido de azúcar posible, pero con poco contenido de ceniza y baja en viscosidad, es usada para los rones ligeros y las mieles para los pesados.



Tres palabras

Hay boleros que matan y otros que reviven, mas hay otros que incitan al amor, esos que piden anhelantes que se caigan las barreras, que el amor salte triunfante, que la química haga lo suyo, que una picada de ojos y una media sonrisa matadora aceleren las catecolaminas y suene en la rocola... “Oye la confesión / de mi secreto / nace de un corazón / que está desierto / con tres palabras / te diré todas mis cosas / cosas del corazón / que son preciosas...” recojan los vidrios, algo va a ocurrir en el lecho del deseo... ese es el bolero *Tres palabras*, escrito por Osvaldo Farrés.

Cuenta la leyenda que este bolero fue escrito por Osvaldo Farrés para Chela Campos, “La dama del bastón de cristal”... “Dame tus manos, ven, toma las mías que te voy a confiar las ansias mías”... de algún texto que no puedo acordarme quedó esta cita: “En 1947 (Chela) estuvo en Cuba. Al encontrarse accidentalmente con el compositor Osvaldo Farrés, le requirió ‘maestro, por qué no me hace una canción para estrenarla.’ Mirándola a los ojos, Farrés le manifestó que no era tan fácil crear una nueva melodía, a lo que Chela replicó: ‘Pero, maestro, si con tres palabras usted hace una canción.’ Y ante tal reto, cuando llego a su casa se encerró en su recámara y escribió esta preciosa melodía, después se la dio a su mujer para que ella le diera el visto bueno a lo que había escrito..... Un bolero antológico que Chela estrenó en La Habana ese mismo año.”... y esas palabras son: ¡Cómo me gustas!

Ahora va mi historia con esa maravilla de bolero que no voy a contar en su esencia porque no me quiero repetir, cada vez que mis escuchas de *A mí me pasa lo mismo que a usted*, perciben en sus oídos lo de la toma del piano por asalto en el Meliá Habana, dicen en coro, allá viene Humberto, con el mismo cuento otra vez. Pero solo voy a revivir la esencia, en ese episodio conocí a la bolerista más hermosa del mundo, de la exageración no se preocupen, yo soy maracucho y de lo que pensarán mis otras amigas boleristas tampoco, ellas me quieren igual y entienden de lo que soy capaz cuando me gusta una mujer.

Vale decir que ni esa noche ni otra pasó nada, estaba su marido y mi querida esposa Dilcia, más los amigos del alma, Leonel, Elena y Emilia yo descorché 3 botellas de mi exbodega privada y aquel espectáculo de mujer, tan bella ella, me regaló su CD y varios años más tarde, al fragor del piano y el saxo, escuché en mis oídos su voz melosa que me decía: ¡Cómo me gustas!... me había quedado dormido frente a la compu y desperté.



El ron es el mejor compañero del tabaco, el bolero y el amor

El ron es el mejor compañero del tabaco, el bolero y el amor. Es esa gran travesura del Caribe, como nos decía en nuestra legendaria revista *Fumador*, la muy querida y siempre recordada escritora venezolana Mary Ferrero, que nos distingue y nos confiere una peculiaridad que poco explotamos los venezolanos. Lástima que Mary no esté con nosotros para decirle ¡Depende!... Porque un día me llegó Alberto Vollmer y me dijo “qué buen artículo escribiste” y yo inocente tuve que decirle, no ese es de Vladimir Vilorio, sólo que generosamente colocó tan destacada mi cita que parecía que yo fuera el autor, jajaja. Héla ahí.

En el imaginario poético de quienes somos cultores del ron habita una sensación de historia mágica que se activa cada vez que nuestros labios se mojan en sus gracias (decía en mi libro *Su majestad, el ron venezolano*). Son historias de la colonia, leyendas blancas y negras, historias de esclavos alzados y sumisos, la epopeya independentista, tierras perdidas y tierras recuperadas, la música que lo acompaña al son del tambor, sus propiedades afrodisíacas y en general como remedio del alma, porque es una medicina contra la depresión. *Su majestad, el ron venezolano*, va y viene como péndulo de la historia, surge de la tierra-nada, de la tierra-todo, que en el principio era nada y todo a la vez, hasta llegar al ciclo de vida de ser rey de rones y ron de reyes y pasar por su inevitable desplazamiento en el siglo pasado y el resurgir de los nuevos tiempos de la última década del siglo XX y lo que va de este siglo XXI.

El tratamiento mayestático, pudiera ser paradójico por venir de una bebida realenga, o ni tanto, porque ciertamente al nacer el ron sin dueño y no ser propiedad de la iglesia, ni de la nobleza, automáticamente lo era entonces de la corona. Por eso el titular trata de entronizar este elixir maravilloso en el pedestal, valga decir paladar, que ha mantenido toda la vida aunque históricamente haya sido víctima de vilipendio. Los problemas comenzaron cuando España sintió que las bebidas de caña eran competencia de sus caldos y cuando se hizo bebida preferida de piratas y razón de ser de ellos mismos, al intervenir los sabores del ron, por la corona británica, los marinos roneros preferían enrolarse con los filibusteros para poder degustar el ron en su esencia y fragancia original.

De allí viene toda esta explicación justificando mi libro, *Su majestad, el ron*, era un título que ya venía sonando en mi mente, desde una conferencia que me tocara dictar en Casa de América en Madrid, en tiempos de la embajadora Gladys Gutiérrez, la idea era parafrasear una de las piezas primordiales de la discografía latinoamericana, *Su Majestad, el Danzón*, interpretada por la orquesta Aragón de Cuba, sin embargo, decidí cambiarlo

para que no fuera yo a generar un problema protocolar, por una supuesta irreverencia que nuestros acercamientos poéticos al ron, pudieran herir la susceptibilidad de la realeza española. Jajaja.



Libros:
Su majestad,
el ron venezolano.
Por Humberto Márquez



Conoce más en
SipARum.com

Quizás, quizás, quizás

Es uno de los boleros más sencillos del compositor cubano Osvaldo Farrés y está sustentado en ese pegajoso estribillo: “Siempre que te pregunto / qué cuándo / cómo y dónde / tú siempre me respondes / quizás, quizás, quizás”. Referencia inmediata de aquellos sábados, cuando mi madre Ana Lucía limpiaba la casa, en la voz de Nat King Cole con su español agringado en aquellas colecciones de discos, creo que de la revista *Selecciones*. ¡Allá rodó mi cédula, jajajá!

De aquellos días, Los Panchos y Lucho Gatica, también llegan al recuerdo con aroma de pinolín y cloro. Pero mis versiones favoritas son las del dúo entre Omara Portuondo y Teresa García Caturla —una divina jodienda—; y las del otro dúo conformado por Omara e Ibrahim Ferrer (o el trío, porque el piano de Roberto Fonseca pareciera cantar también). Ibrahim arranca y Omara va respondiendo, cantan a coro mientras Roberto va intercalando su maravilloso piano en esa versión que pueden ver y escuchar en YouTube. La tengo en el CD *Duets*, también está en el CD *Mi sueño*, y en este instante veo y oigo Buena Vista Social Club, cruzaíto, en la playa, en varios conciertos que son un vación.

Fue escrito en 1947 y es el bolero bandera de los amantes sin esperanzas que se aferran a los versos suplicantes; de algo que se ansía, pero el objeto de su amor no termina de corresponder. Así pasan los días, y yo desesperando y tú, tú contestando: “Quizás, quizás, quizás”, en una interminable esperanza de amor que bien podría desesperar al más férreo de todos los amantes. Es el bolero del dolor y deseo sostenidos, de la duda infinita que en boca de Omara se convierte en jolgorio.

Quizás, quizás, quizás es un bolero emblemático, de personalidad única, que muchos de sus intérpretes en otras lenguas lo prefieren en español; aunque Doris Day prefiera la versión inglesa, escrita por Joe Davis y titulada *Perhaps, perhaps, perhaps*. Aunque existen casos como el de Desi Arnaz, quien la canta primero en inglés y luego en español. La fama de este bolero es tal que hasta en un perfume de la casa Loewe ha terminado. “Pasión para damas” subtitula el estuche.



Catar el ron

La cata es un paseo para paladares, un divertimento en el cual el maestro ronero o maestra ronera, nos va llevando de la mano, de la lengua, de la boca para ser precisos, aunque la primera sensación es de la nariz, y de los ojos porque la cata inicia en los ojos, al ver el ron a contraluz y al bambolear el ron en la copa y ver la caída de sus lágrimas, para luego ir saltando de sabor en sabor, que van desde la astringencia de los alcoholes, hasta el sabor infantil a lápiz masticado, de los taninos que absorbe el ron de la madera, debido a su porosidad. Comenzamos con los alcoholes originarios hasta los ya terminados, y ya allí nos vamos en el sentido de las agujas del reloj. La cata es un delicioso ritual que ocurre con la degustación de seis u ocho copas aflautadas que vamos sometiendo a la vista, donde podemos ver una paleta de colores que oscilan entre los ámbares, los amielados, los blancos y los caobas y hasta podemos presumir la edad de los alcoholes por la manera como después de batido el líquido, ruedan las lágrimas por el cristal.

Seguidamente al olfato se sienten sus aromas ardientes, y según sea el caso, aromas de frutas, flores, almendras, chocolates, reminiscencias de tabaco, cuero, vainilla y hasta un picor picantoso nos hace recordar también a las pimentas. Al paladar ya se asienta el sabor de la dulzura etílica, esa mezcla conceptual de lo robusto y lo redondo, la deliciosa armonía de un alcohol destilado y añejado para felicidad de los seres humanos.

Aunque personalmente prefiero las catas como divertimento ilustrado para degustar esa melaza que ríe como diría Ismael Rivera y si me apuran mucho, confieso que prefiero las degustaciones sin tanta parafernalia, no podemos dejar de decir que hay cursos de catas dirigidas y ordenadas en una suerte de pensum académico que van llevando al iniciado a ser un conocedor, un experto y hasta pueden llegar a maestros roneros; actualmente hay un Diplomado en Ron y Destilados en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, y se ha hecho incluso catas, o más que catas, degustaciones con el agregado del tabaco, ya que ha habido experimento de rones especiales para degustar con habanos. Ya en copa balón y en condiciones y posiciones más placenteras.



Sabor a mí

Lo interesante de estos boleros famosos es que siempre tienen un toque biográfico que nos toca a sus escuchas y no hace falta mucho esfuerzo para que nos dé en la madre esa letra universal para todo humanito que le haya tocado separarse alguna vez. “Tanto tiempo disfrutamos de este amor / nuestras almas se acercaron tanto así / que yo guardo tu sabor / pero tú llevas también, sabor a mí...”. Esa ilusión esperanzadora que la muchacha siga llevando por siempre el sabor a uno, así el destino te niegue permanecer a su lado y te quedes azulado, también te lleva a esperar en los versos: “Si negaras mi presencia en tu vivir / bastaría con abrazarte y conversar / tanta vida yo te di / que por fuerza tienes ya, sabor a mí”.

Pero la verdadera historia de este bolero de Álvaro Carrillo de 1959 ocurre, según su hijo, al ser padrino de una promoción y cuenta la leyenda que ya comprometido con la que sería su segunda esposa, Ana Incháustegui, el maestro se echaba un palo de coñac y le daba un beso y Ana, que era abstemia le reviró: “Yo no tomo, pero con los besos que me das, ya estoy borracha” y el pícaro maestro respondió que al llegar a su casa las noches, después de verla, sentía el labial en su boca y le compuso ese palo de bolero: “No pretendo, ser tu dueño / no soy nada yo no tengo vanidad / de mi vida, doy lo bueno / soy tan pobre que otra cosa puedo dar”.

Lo curioso de este cuento es que Álvaro era agrónomo, pero pudo más la bohemia que la academia. Como buen poeta convertía cada episodio de su vida en un bolero. Dicen los cronistas que su vocación de cancionero pudo más que la ingeniería. Carrillo fue más cancionero que compositor. El compositor se dedica a transformar la vida en poemas musicales, mientras que el cancionero es un artesano que nace con la vida como oficio, predestinado a transmitir vivencias “propias o ajenas” en formas bellas de canción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, salvo tener novias abstemias, que no aplica... “Pasarán más de mil años, muchos más / yo no sé si tenga amor, la eternidad / pero allá tal como aquí / en la boca llevarás, sabor a mí...”A ron...¡Salud!... jajaja...



1796 Ron Antiguo de Solera

De los mejores rones de Santa Teresa, es éste sin duda, aunque yo personalmente prefiera el Gran Reserva, pero de acuerdo a la ocasión me zampo este Ron antiguo de Solera Santa Teresa 1796. Es un ron antiguo originado de la “solera”, un método perfecto de envejecimiento, artesanal, antiguo, tradicional. Luego de madurar durante varios años en barricas de roble, las distintas cepas de especies añejadas, se ensamblan para constituir un blend perfectamente acoplado, hermoso, adulto, con características deseadas e implacables. Santa Teresa 1796, creado para conmemorar los 200 años de la Hacienda, es una obra de arte, la recompensa digna de una tradición valiosa. Su *bouquet* inimitable proyecta la gracia de ese arte y simboliza un homenaje al paladar, un regalo de aromas sutiles. Su tonalidad ambarina brillante ilustra la belleza de su cuerpo. El Santa Teresa 1796 fue lanzado al mercado en 1996 por los 200 años de la Hacienda, se trata de un *blend* o mezcla única conformado por rones jóvenes y el ron madre, un elixir de 25 años de envejecimiento.

Hubo un momento que se planteó la interrogante de por qué si se hacían catas de vinos y de whisky, no se podrían hacer entonces catas de ron. No recuerdo cuando se iniciaron ni quién las inicio, pero según Viloria, las inició Santa Teresa después de la salida de 1796. Si me queda, un recuerdo vago de una cata que hiciera en Japón Néstor Ortega, ya a finales de los noventa. Lo cierto es que desde una primera cata que nos hicieran el propio Néstor y Sandra Rodríguez, en el laboratorio, hasta el sol de hoy ha sido mucho el ron que ha catado nuestro paladar; en la última que nos dictara Arlene Fioravanti, quién le agrega un componente histórico que le luce mucho a la sesión gustativa, que va desde los olores que distinguen a un alcohol liviano de un alcohol pesado, hasta el proceso de envejecimiento que tiene el ron en las barricas. Uno siente en el paladar, el divino elixir que nos habla, o nos hace gustar en nuestras papilas, la pequeña historia de su convivencia con la madera, ese delicioso andar sin andar porque su envejecimiento es estático en la barrica, pero en su interior ocurre una amalgama de alcohol, madera, y aire o mejor, un ir y venir del oxígeno del exterior que le va dando el sabor con el paso de los años.



Tú, mi delirio

Es el bolero más jazzado de la música cubana, la dulzura de su letra permite que las mejores versiones, a mi juicio, sean precisamente las de los hermanos Palmieri, la orquesta de Charlie, o más que orquesta ese memorable “vente tú” de la Cesta All Stars en 1963, por esa inigualable manera de José “Chombo” Silva, (Toca la cachimba Chombo, diría Alvarito Montero) de tejer en el saxo, ese solo inmenso sobre las blancas y las negras de Charlie y el legendario bajo de Bobby Rodríguez, antes acompañando la voz del crooner Willie Torres en el inglés y luego la voz española del grande Cheo Feliciano, a sus 28 añitos apenas. Y por si fuera poco el Delirio de Eddie Palmieri y su orquesta, cantando Ismael Quintana del álbum *Champagne* el año 69 surcado por el trombón de Barry Rogers. No en vano, el “filin”, venía a ser la manera de interpretación del bolero influenciada por el jazz.

Era el bolero preferido de Cheo Feliciano, dicho por él mismo en aquel memorable concierto en el Tropicana de Cuba, estando presente su compositor Portillo de la Luz, a quien dio gracias inmensas por haberla parido. “Si pudiera expresarte / cómo es de inmenso / en el fondo de mi corazón / mi amor por ti / este amor delirante / que abrasa mi alma / es pasión que atormenta mi corazón / siempre tú estás conmigo / en mi tristeza / estás en mi alegría / y en mi sufrir / porque en ti se encierra / toda mi dicha / si no estoy contigo (mi bien) / no sé qué hacer / es mi amor delirio / de estar contigo / y yo soy dichoso (mi bien) / porque me quieres también”. Esa noche la hizo a dúo con Tania una cantante cubana con un vozarrón de 4 pares de cojones, de ovarios será jeje... “Me costó 4 años de espera. Tenía el boceto como una nebulosa; era algo así como un borrador. El asunto estaba por un lado y la música, por otro. Sentía que la semblanza musical no se acoplaba en mi mente con el espíritu que planteaba el texto, hasta que llegó el momento en que se concretó”. Así se lo dijo a Miladies Barreto en 2007. No caben las de Nat King Cole, quien tocó Delirio en forma instrumental con arreglo de Chico O’Farril, la de la inmensa Elena Burke y menos la del propio César.

Como ya lo decía, el “filin” (Feeling), venía a ser la manera de interpretación del bolero influenciada por el jazz, pero tampoco era para dejar por fuera otras grandes versiones como las de Elena Burke y propio César Portillo, ya nombradas, o las de Pablo Milanés, Felipe Pirela que nunca había escuchado, o Tito Rodríguez, incluidas las extraordinarias voces brasileras de Ellis Regina y Astrud Gilberto.

Tú mi delirio, es de los temas emblemáticos de las descargas de los años 40-50, en la casa de Angelito Díaz, donde los muchachones del “filin”, y muchachonas también, porque Ela Calvo siendo la más joven no se pelaba aquellas deliciosas rumbitas a las que tampoco faltaban Elena Burke, Omara y El Cuarteto de Aida Diestro, todos bajo las tutelas de las gui-

tarras de César y José Antonio Méndez, entre otros. Donde por cierto no dejaban de caer el Conjunto Casino y también figuras internacionales, como los mexicanos Toña La Negra y Fernando Fernández.

Cuentan los cronistas, que: “A César, como creador filinero, no le interesaba cantar convencionalmente, sino decir la canción desde la perspectiva de la intimidad, de manera que cada miembro del público, sintiera que se estaban dirigiendo particularmente a él. Apoderado de esta manera de hacer música de complejas armonías y una lírica que apela con sencillez al sentimiento, Portillo incluso integró un grupo que en 1956, se presentó en el afamado cabarets Sans-Souci y luego individualmente estuvo otros foros de la noche habanera: Karachi, Chateau Piscina, St. John... y después de 1959 está entre los fundadores de El Gato Tuerto y despliega una copiosa actividad artística, brindando su presencia a los más importantes acontecimientos culturales del país”. En todas, nunca dejó de cantar *Tú, mi delirio*.



Ron Añejo Legendario

La Hacienda Altamira, donde se encuentra ubicada la destilería, pudiera ser el paradigma de la historia de los más de 200 años del ron de Carúpano. El que una destilería como Carúpano haya hecho posible un ron vintage, Legendario zafra 1983 —apenas quinientas botellas numeradas disponibles hasta que las reservas se agoten—, es en el fondo una auténtica rareza, casi un incunable. Desglosamos el artículo *Ron Carúpano o el arte de un ron excepcional* escrito por mi amigo Vladimir Viloria.

En sus catas dirigidas nos cuenta que es un genuino y sublime ron viejo de 40° G.L. exclusivo de un grupo de barricas de roble blanco americano de un solo lote, con 25 años de añejamiento cerrado sin reposición de mermas, ni mezclas, con una edición limitada y numerada anual de 500 decaners de cristal tallados con bolsa de suede y estuche.

Color ámbar intenso muy limpio y brillante. Complejo en nariz, recuerda ricas notas minerales, licorosas, frutas confitadas y agradables reminiscencias cítricas a concha de naranja, nueces y avellanas. En boca es meloso, untuoso, delicado y sedoso; deliciosamente gustoso con suave textura aterciopelada y gratificante al instante. De final largo y persistente, su gusto lo reconcilia con su origen, no otro que la belleza, fuerza y complejidad de los sabores primigenios de la melaza.



Historia de un amor

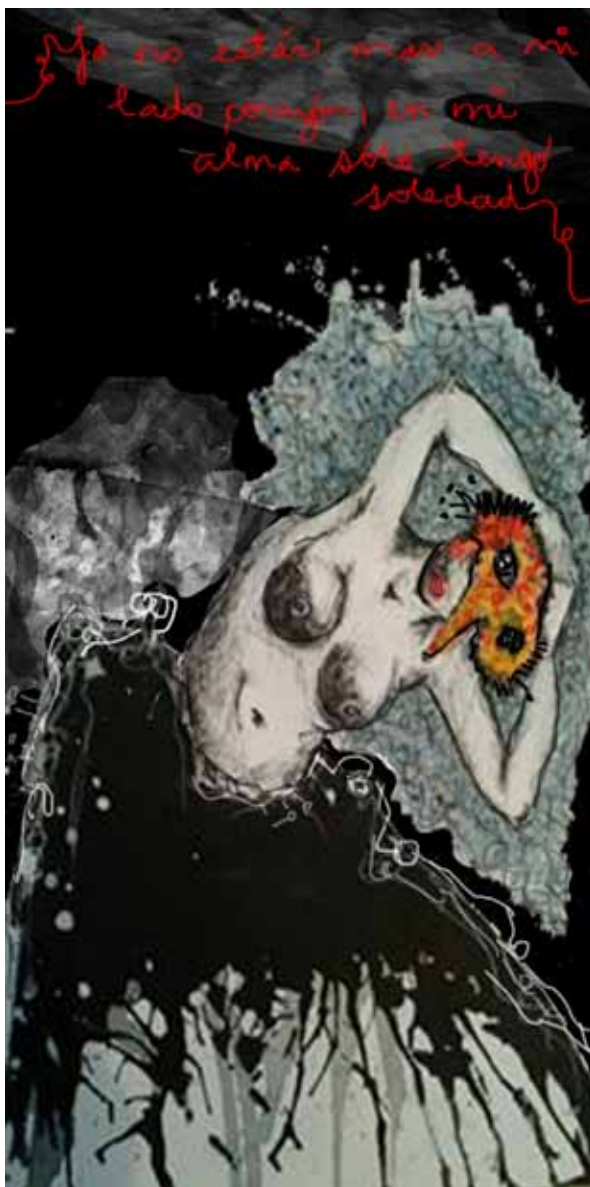
Historia de un amor es uno de esos boleros que cuesta identificar de una, pero al escuchar sus primeros compases, la memoria se derrite y canturrea mentalmente: “Ya no estás a mi lado, corazón / en el alma solo tengo soledad / y si ya no puedo verte / por qué Dios me hizo quererte / para hacerme sufrir más...” es el bolero de las despedidas, tan doloroso como si te arrancaran la uña del dedo gordo del pie...

Historia de un amor es también uno de los boleros donde Dios es culpable y esperanza de recuperar el amor perdido, es mirar al cielo y pedir clemencia ante un despecho desgarrador, donde la creencia religiosa acude en auxilio de un corazón devastado por el triste penar de los enamorados. “Siempre fuiste la razón de mi existir / adorarte para mí fue religión / y en tus besos yo encontraba / el calor que me brindaba / el amor y la pasión”.

Aunque no aparece en la selección de Cheo Fernández Freites en el bolero y la desacralización del amor, sí vale la pena recordar sus boleros primo-hermanos: *Perfidia*, de Alberto Domínguez (Mujer, si puedes tú con Dios hablar...); el gran Agustín Lara en *Palabras de mujer* (Aunque no quiera yo, ni quieras tú, lo quiere Dios y hasta la eternidad te seguirá mi amor); o el clásico de José Antonio Méndez, *La gloria eres tú* (Dios dice que la gloria está en el cielo, que es de los mortales el consuelo al morir, bendito Dios, porque al tenerte yo en vida, no necesito ir al cielo tistú, si alma mía, la gloria eres tú).

Así como en poesía Elliot era banquero, el panameño Carlos Eleta Almarán (Dartañán), autor de *Historia de un amor*, era empresario, distribuidor de cigarrillos Chesterfield, mecenas de campeones de boxeo como Roberto “Mano è Piedra” Durán y “Peppermint” Frazer y fundó con su hermano Fernando el primer canal de tv panameño. Es un bolero escrito en 1955 por Dartañán a raíz de la muerte de la esposa de su hermano y alcanzó un rápido éxito al ser banda sonora de la película mexicana del mismo nombre rodada en 1956, con Libertad Lamarque y Emilio Tuero.

“Es la historia de un amor / como no hay otro igual / que me hizo comprender / todo el bien todo el mal / que le dio luz a mi vida / apagándola después / ¡ay, qué vida tan oscura / corazón / sin tu amor no viviré!”.



Ron Roble Viejo Ultra Añejo

Un producto nacido en los valles de Venezuela, gracias al envejecimiento en barricas de roble blanco americano presentado en botella elegante con sección cuadrada, etiqueta metálica y fondo grueso.

Nota de cata de Eliézer Rondón.

Vista: Color ámbar intenso, brillante, de densidad media en copa.

Nariz: En nariz se presenta elegante con una paleta de aromas amplia que recuerdan al chocolate, unas ligeras notas a vainillas con presencia del aroma de la semilla de sarapia, se siente un ligero tostado de la barrica, el aroma a madera añeja lo que nos dice que estamos en presencia de un ron maduro, frutos secos y algo de piel de naranja seca, caramelo de quesillo.

En Boca: En boca se presenta pleno, amable con un gran volumen, confirma los aromas que encontramos en nariz, equilibrado y redondo, de permanencia larga y una despedida amable y delicada con un retrogusto a frutos secos.

Este es el texto de la etiqueta que se encuentra en la botella de Ron Roble Viejo Ultra Añejo. Ideal para tomar solo o con hielo, este producto se destaca por su color ambarino intenso, notas de roble, de vainilla y de uva, taninos moderados, frutos secos y caramelo quemado, ligeramente dulce. Surge del añejamiento en barricas de roble de 220 litros de capacidad.

Cuenta su creador el maestro ronero Giorgio Melis: “Hace 6 años nos dimos cuenta que teníamos inventario de ron de excelente calidad, que seguía envejeciendo. Nos parecía una maldad seguir alimentando a la competencia con tan buenos productos y decidimos lanzar nuestra propia marca”.



El último café

La primera vez que escuché este tango de Héctor “Chupita” Stamponi, con letra de Cátulo Castillo, ha debido ser en Buenos Aires, pero fue en El Gato Tuerto de La Habana, Cuba, en voz de mi queridísima amiga Ela Calvo, hace más de 25 años. Desde entonces ejerció en mí una suerte de fascinación, sobre todo cuando llegaban las horas de los adioses... “Llega tu recuerdo en torbellino / vuelve en el otoño a atardecer / miro la garúa, y mientras miro / gira la cuchara de café / del último café / que tus labios con frío / pidieron esa vez / con la voz de un suspiro / recuerdo tu desdén, / te evoco sin razón / te escucho sin que estés / lo nuestro terminó / dijiste en un adiós / de azúcar y de hiel...”

Luego la escuché a cappella en voz de Elena Burke, cubana también y de la argentina Susana Rinaldi, en sendas entrevistas a esas formidables intérpretes. En ambas ocasiones, finalizadas las entrevistas, les pedí aquellos versos que más de una vez me partieron el corazón: “Lo mismo que el café / que el amor que el olvido / que el vértigo final / de un rencor sin porqué... / y allí, con tu impiedad / me vi morir de pie / medí tu vanidad / y entonces comprendí mi soledad / sin para qué... / llovía y te ofrecí / el último café”.

Citando Mario Cuevas a José Gobello, en su *Conversando tangos* (A. Peña Lillo Editor, 1976), cuenta que *El último café* ganó el primer premio en el primer concurso organizado con mucho ruido, por la compañía Odol en diciembre de 1963. Lo cantó entonces, para presentarlo en el certamen, Raúl Lavié, pero un par de días antes lo grabó la orquesta de Héctor Varela con el cantor Ernesto Herrera.

El último café pertenece al género tango-canción que inauguraron Gardel y Le Pera en la década de los 30 con canciones como *El día que me quieras* y *Cuando tú no estás*. Las películas que protagonizaba Gardel y escribía Le Pera se veían en Europa y Estados Unidos y por eso los tangos tenían un tinte *for export*, evitando las palabras en lunfardo.

De otras versiones memorables, la de Julio Sosa, Roberto “El Polaco” Goyeneche, Rocío Dúrcal, Meme Solís, Vicentico Valdés y Hugo del Carril.



Cacique Leyenda

Hace unos años, los maestros roneros de Cacique celebraron una reunión histórica para hablar de los rones de sus sueños. Decidieron crear un nuevo ron extra premium que combinara juventud y madurez, pericia técnica e inspiración artesanal.

Presentado en una estilizada botella alargada, con escritos en letras doradas y tapa de corcho, distingue la elegancia del ron venezolano Cacique Leyenda. Un producto diferencial en la categoría premium, logrado con la mezcla de 70 tipos de rones, con añadas que van desde los 2 hasta los 12 años de envejecimiento en barricas de roble americano. Nos enteramos por la nota de Gabriel Balbás, quién se va de sibarita en la descripción y nota de cata, de este destilado de la Hacienda Saruro, Estado Lara, Venezuela.

En visual: Es un ron que se diferencia por su tonalidad ámbar oscuro. En copa, visualmente hablando, se muestra pesado y denso.

En nariz: En copa, es un festín para el olfato, ya que despliega una amplia gama de sensaciones aromáticas, con predominio marcado de las especias (como la vainilla, el clavo y la canela), acompañado por el dulzor de la melaza, la miel y las ciruelas pasas.

En boca: Sus sabores marcados a especias, con su dulzor a caramelo quemado, sus tostados achocolatados y las ligeras notas frutales, lo hacen bastante característico.

Sugerencia de consumo: Aunque Cacique Leyenda es ideal para tomarlo frío, de congelador, solo. También se le puede acompañar con una piedrita de hielo, y hasta diluir en agua gasificada.



Convergencia

A “Bemba”, su bolero preferido

En la Escuela de Letras de los 70, “El Gallo” un gandul cuyo nombre olvidé porque se volvió ruin y abyecto —igual lo seguimos queriendo—, decía que *Convergencia* era el bolero matemático por aquel verso. “La línea recta que convergió, porque la tuya al final vivió”. Yo no entendí mucho, pero nunca olvidé el comentario. Sin embargo, ya más serio, Antonio Vega reseña en su artículo *Bendita Convergencia* que el bolero nació cuando Bienvenido Julián Gutiérrez fue en busca de Marcelino “Rapindey” Guerra, con un papel en el que tenía escritos unos versos que ni él ni otros compositores habían sido capaces de musicalizar. No se sabe dónde fue ni cómo, ni la razón que lo motivó.

Esa unión de Bienvenido y Marcelino fue una bendita *convergencia*. Lo grabó el Cuarteto Caney de Machito Grillo en 1939 en Nueva York y lo cantó Johnny López. Pero la versión más conocida, por razones de mercadeo, fue la de Pete “El Conde” Rodríguez con Jhonny Pacheco, en pleno apogeo de la Fania. Panchito Riset no se queda atrás.

Otro que engrandeció el bolero fue Miguelito Cuní, con arreglos de Emiliano Salvador, en 1958 y con el Niño Rivera en el tres. Con Las Estrellas de Areito vino a Venezuela y no desaprovechó la oportunidad para cantarla con el Sonero Clásico del Caribe, con Pan con Queso en vida. Y menos podemos soslayar una versión que tengo en mis discos con Miguelito Cuní y Pablo Milanés y la de Omara que es merma también.

En una de esas, mi comadre “Bemba” me contó que era su bolero preferido. Y mi amigo Ángel Méndez reseña este bolero-soneado, ópera prima del binomio Bienvenido y Rapindey. Y vuelvo a la “Bendita *convergencia*”, el día de los enamorados en el Café de Chema, en el Celarg; la del guitarrista Carlos Pérez y una hermosa muchacha de 26 años que canta con los ojos y un vozarrón que cautiva, que nos mató el piojo en el corazón al entonar “Aurora de rosa en amanecer / nota melosa que gimió el violín / novelesco insomnio no vivió el amor / así eres tú mujer / principio y fin de la ilusión / así eres tú en mi corazón / así vas tú de inspiración / madero de nave que naufragó / piedra rodando sobre sí misma / alma doliente vagando a solas / de playas / olas / así soy yo”.



Pampero Aniversario

Pampero Aniversario fue creado en 1963, en una curiosa bolsa de cuero, (cuando el cuero era barato) para celebrar el 25 aniversario de Industrias Pampero, fundada por Don Alejandro Hernández, un empresario muy versátil, con un peso específico en la historia del ron venezolano. Cuenta la leyenda que Hernández, al verse amenazado por otras compañías que vendían rones menos añejados, mientras él tenía sus bodegas repletas de ron en proceso de añejamiento y al presumir que era víctima de una competencia desleal, o por viveza criolla, utilizó sus influencias políticas para que el gobierno diera fiel cumplimiento a la ley que para llamarse ron, el alcohol debía permanecer dos años en barricas, como ocurre hasta el día de hoy.

Luis Figueroa, el veterano maestro ronero de esta marca ahora en manos de Diageo señala que en 1963, Hernández optó por el pionero de los rones premium de Venezuela: Aniversario. El mismo, con probados honores y que tantos llevan en las maletas como regalo para quienes están en otras fronteras. Su botella redonda que recuerda una tapara y el forro de cuero emblemático se le deben al ingenio de su fundador. Allí se envasa un ron que tiene el toque que recibe, cuando parte de los rones de su mezcla, envejecen en barricas que previamente se utilizaron para añejar sherry. “Es un ron con una complejidad que sólo él tiene” certifica Figueroa.

Pampero Aniversario es un ron emblemático del Grupo Diageo. Elaborado con todo el cuidado de sus maestros añejadores, Aniversario es un ron añejo fuera de serie, capaz de satisfacer a los más exigentes paladares. Largos años de reposo en barricas de roble y una cuidada selección de los mejores rones añejos de reserva.

La ficha de la casa Pampero, hoy Diageo, certifica: Tipo de producto: Ron Añejo. Denominación de origen: Venezuela. Nombre del elaborador: Pampero Variedades: Contenido: 70 cl. Grado de Alcohol: 40° Crianza: 12 años en barricas de roble americano. Nota de Cata: Pampero Aniversario es gran motivo de orgullo de esta destilería, ya que está elaborado con los mejores rones añejos de reserva. Color dorado rojizo casi caoba. Aroma de vejez (vainilla, tostado y destilado).



Noche de ronda

El legendario bolero *Noche de ronda*, es del compositor con el nombre más largo del mundo, Ángel Agustín María Carlos Fausto Mariano Alfonso del Sagrado Corazón de Jesús Lara y Aguirre del Pino. “Noche de ronda / qué triste pasa / qué triste cruza / por mi balcón... / cómo me hieres / cómo lastimas / mi corazón...” que le dedicara a María Félix, su mujer más querida, junto al emblemático *María bonita* y *Aquel amor*, no podía faltar en *Boleros que curan el alma*. La Félix fue la más resaltante de sus mujeres (Esther Rivas, Angelina Bruscheta, Clarita Martínez, Yolanda Santacruz y Rocío Durán, entre las esposas), sin contar amores de paso y menos la meretriz que le marcó con un pico de botella la cicatriz en la cara.

Lara es el mejor ejemplo del dicho de que el hombre, mientras más feo, más hermoso... Cuenta Armando Baralt que su mamá una vez le preguntó a María bonita qué le veía a un hombre tan feo y ella dijo sin decir, con su sonrisa pícara, que las cosas lindas que le escribía. Lo cierto es que “El flaco de oro” o “El hueso que canta”, como le decían por desgarrado, era un viejo lobo del amor. *La ronda*, estrenada en 1935 por Pedro Vargas y Lucho Gatica entre otros, fue un exitazo y columna vertebral de la película del mismo título, en 1942, años después de desgastarla con su voz ronca y aguardentosa, en los prostíbulos que junto al piano, también fueron su pasión.

El bolero se mueve en dos tonalidades, siguiendo el primer bolero, el de Pepe Sánchez, en 1885: *Tristezas*. Según Alcaraz, estudioso de Lara, la introducción cuenta con “un perfil melódico definido” al revés de esas otras entradas “lentas y tibias” de la mayoría de sus boleros. Y de letra y verso, Darío Jaramillo dice: “El poeta está tan desolado que habla con él mismo y en su derrota, ya no se dirige a la amada sino que utiliza la luna como eterna mensajera”.

“Luna que se quiebra / sobre la tiniebla / de mi soledad / adónde vas / dime si esta noche / tú te vas de ronda / como ella se fue... dile que la quiero / dile que me muero / de tanto esperar / que vuelva ya / que las rondas / no son buenas / que hacen daño / que dan penas / y se acaba por llorar”.



¿Y por qué Romance?

Más allá de la denominación de origen de Vladimir Viora sobre este libro que nació de la conferrumba *Romance de Bolero y Ron* en el marco del Caracas Ron Festival en noviembre del 2016, bien vale hurgar en la etimología de los componentes literarios del titular. La primera que salta a la vista es romance, como el preámbulo del enamoramiento total de dos personas, el chispazo de ese no sé qué, en la antesala del patíbulo del amor. Algo así como la garúa que anuncia el aguacero del placer, esa tempestad ineludible cuando las químicas de los cuerpos predicen la cópula final. La otra nota, propiamente literaria, es el romance como canto lírico aunque originalmente épico, iniciados en el siglo XIV y principalmente en el siglo XV. Era una suerte de noticiero popular que “romanceaban” los últimos sucesos de las guerras y el amor. Se conserva gran número de romances viejos porque en los siglos XV y XVI, como sucedió con la lírica popular, se recopilaban en cancioneros o romanceros, como el *Cancionero de Romances*, publicado hacia 1547 o el *Romancero General* de 1600.

Según la teoría más admitida —cuentan los cronistas—, los romances más viejos proceden de ciertos fragmentos de los antiguos cantares de gesta, especialmente atractivos para el pueblo, que los retenía en la memoria y después de cierto tiempo, desgajados del cantar, cobraban vida independiente y eran cantados como composiciones autónomas con ciertas transformaciones. En palabras de Menéndez Pidal: “Los oyentes se hacían repetir el pasaje más atractivo del poema que el cantor les cantaba; lo aprendían de memoria y al cantarlo ellos, a su vez, lo popularizaban, formando con esos pocos versos un canto aparte, independiente: un romance”.

Más tarde, los juglares —llevátelas Wikipedia—, dándose cuenta del éxito de los romances tradicionales, compusieron otros muchos, no desgajados de un cantar, sino inventados por ellos, generalmente más extensos y con una temática más amplia. Los autores desaparecen en el anonimato y la colectividad, plenamente identificada con ellos, los canta, modifica y transmite. Estos últimos se conocen con el nombre de romances juglarescos.

A partir del siglo XVI hasta finales del XVII, muchos poetas cultos, Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo..., componen también romances, a los que se les da el nombre de romances nuevos o artísticos que amplían y renuevan el contenido temático y los recursos formales. Durante el Romanticismo y en el siglo XX se conocerá una nueva floración de este tipo de romances cultos, Duque de Rivas, Zorrilla, Antonio Machado, Unamuno, Gerardo Diego, García Lorca, Alberti.

Pero sin ánimos de alardeos “wikipédicos” y aportes de las ilustres bibliotecas virtuales,

vale citar a José Luís Alborg cuando señala que: “El romancero constituye la poesía nacional por excelencia. Un inmenso poema disperso y popular, que representa una de las pocas cumbres excelsas en la literatura universal, capaz de llegar al alma de todo un pueblo sin distinción de clases y sin necesidad de preparación intelectual”.

Creo que podemos calcar esa definición, “un inmenso poema disperso y popular” y calcarla al histórico bolero. A todas estas, se aparece el libro *Primera flor del romancero* que tomé prestado de la biblioteca de mi esposa Dilcia, que heredó a su vez de Daniela Ulián, nuestra querida amiga, hoy por Venecia. A partir de allí y al buscarlo en la web para facilitar mi trabajo, fue cuando se soltaron los caballos, porque me encuentro con un texto de José F. Montesinos en *Bulletin hispanique* hablándonos de un Pedro Flores, compilador de un ramillete de flores impreso en Lisboa en 1593, fue mucho más escrupuloso que los más de estos amontonadores de romances. Lo de Pedro Flores, es pura coincidencia, pero de pana que fue un gran estímulo para continuar. Era como si nuestro Pedro Flores, héroe popular y autor de *Amor Perdido*, mi himno personal, y de *Obsesión*, *Perdón*, *Despedida* y *Hoy no he visto a Linda* del repertorio de nuestro también querido Daniel Santos, fuera una reencarnación de aquel otro de 4 o 5 siglos atrás.

Cuando encontramos: “En una fuente nos vimos de arboleda muy cercada / donde fui muy regalada el tiempo que allí estuvimos / y de cuanto allí hicimos... / tan solamente confieso que a la miel me supo el beso”. O líneas románticas de profunda catadura como: “Culpa fue el querer miraros / pero tuuiera disculpa ; si no pasara la culpa I de veros a deseáros / La culpa que cometí”... “Señora, assi te veas / como tú desseas, / que me escuches un poco J mientras acabo de boluermo loco / Comienço en [por?] los cabellos”... “No ay auiso sin prudencia / ni bien donde no ay fauor, / ni celos do no ay amor / ni pena do no ay ausencia / No ay plazer sin libertad”, no nos queda duda entonces que mejor título no pudiera haber tenido, *Romance de bolero y ron*.

Pero no se trata de darle una partida de nacimiento española al bolero cubano o para ser más precisos, a la estirpe caribeña del bolero, simplemente hurgar en los vasos comunicantes de la historia sentimental de la humanidad. Llena de “Flamencos, indios y negros y la nación española, risueños bailando muestran sus alegrías notorias”, (cita de Lope de Vega en Alejo Carpentier, en su texto *Temas de la lira y del bongó*). Aunque no es el punto, Carpentier refiere en su libro *La música en Cuba*, que el bolero y el danzón devienen de la contradanza, que viaja a su vez de la *country dance* inglesa vía Francia, a Haití para llegar finalmente a Cuba. Pero esa es otra historia que va más allá de nuestro romance de bolero y ron.

Ya es obvio que en esta reflexión “postmorten” nos quedamos con la acepción del romance

en su deliciosa dimensión del amor. O si no que lo diga el escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez, aquel del portentoso libro *La guaracha del Macho Camacho*: “El anglicismo romance, que suplanta de continuo una palabra tan sugestiva como idilio, ha tenido tanta fortuna que convida a una digresión. En el romance, en el idilio, la carnalidad se retrasa a propósito mediante un operativo de galanuras y delicadezas. Destacan éstas por el asedio floral, la cena a media luz, la música ambientalista que se proyecta desde la distancia considerable, el tono pianísimo. El romance tramita la seducción casta, inquires por la caricia que no pone a riesgo la decencia, perfila el noviazgo, el matrimonio, el *affair*, cuyo embrujo radica en el carácter de paréntesis, en su ocurrencia intensa pero fugaz. En resumen, el romance tiene el carácter de un preludio, el *affair* el de un interludio y el matrimonio el de un postludio. Con el mayor de los respetos afirmo que el matrimonio supone, quíerose o no, el final del juego”.

El bolero es el noticiero sentimental de las victorias y derrotas del corazón y el ron es el catalizador del alma y combustible de las faenas eróticas. Romance es la flor del amor y donde decanta el bolero, el ron es la flor de la caña, de allí deviene entonces este ramillete de flores, ramillete de boleros y de rones. Valga entonces, recordar a Don Pedro Calderón de la Barca en el soliloquio más famoso del drama español; que ocurre al final del primer acto de *La vida es sueño*, cuando Segismundo piensa en la vida y en su suerte: “Yo sueño que estoy aquí / de estas prisiones cargado / y soñé que en otro estado / más lisonjero me vi / ¿qué es la vida? un frenesí / ¿qué es la vida? una ilusión / una sombra, una ficción / y el mayor bien es pequeño / que toda la vida es sueño / y los sueños, sueños son”.

Y aunque no tenga nada que ver, sirva para entrar en la segunda parte de este libro con *La vida es un sueño*... El bolero de Arsenio, que es otra manera de seguir con el ramillete de boleros y rones.



La vida es un sueño, el bolero de Arsenio

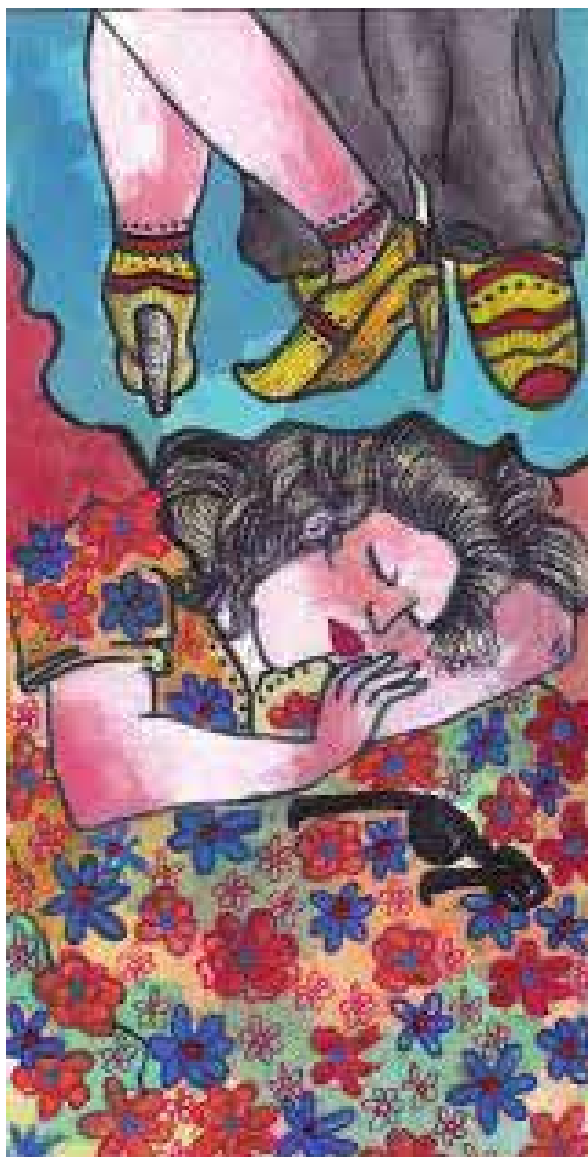
La primera vez que uno escucha “Después que uno vive 20 desengaños qué importa uno más...” se activa el personalizador de situaciones sentimentales y uno termina pensando: “¿Qué es una raya más pa’ un tigre?”. Y si el bolero sigue diciendo hay que vivir un momento feliz, hay que gozar lo que puedas gozar, porque sacando la cuenta, en total, la vida es un sueño. ¿Para qué más?

Ahora bien, no todos los boleros dicen lo que son ni sus inspiraciones son lo que parecieran ser. En Cuba, el hijo de Luis Marquetti me contaba que su padre nunca estuvo en un cabaré ni fue infiel y escribió *Plazos traicioneros o Tú me acostumbraste*, de Frank Domínguez y fue dedicado a un hombre porque era gay.

El caso de Arsenio Rodríguez es más triste todavía, por su invidencia. Max Salazar cuenta en *Herencia Latina*: “La inspiración ocurrió en 1947 en Nueva York, en un examen de sus ojos con el Dr. Ramón Castroviejo, de los primeros en desarrollar trasplante de córnea. Miguelito Valdés le habló de Castroviejo, grabando en el Centro Hispánico de la Música. Según Mario Bauzá, Miguelito tenía conocimiento de una operación exitosa, en la que el doctor restauró la vista a una persona. Por tal razón Miguel nos solicitó a Macho, a Federico Pagani y a mí promover un baile, llamado ‘El rayo de luz’, para recoger fondos en el Hotel Diplomático con las bandas de Machito, Marcelino Guerra, Miguelito Valdés, Chano Pozo, Olga Guillot, Graciela, Daniel Santos y Xavier Cugat”.

El día de la verdad Chano, Miguelito, Olga Guillot y su hermano Raúl acompañaron a Arsenio a lo de Castroviejo, el examen demoró minutos y les dijo: “Por el momento es nada lo que puedo hacer para restaurarle la vista. El paso final en este tipo de operación es el trasplante de córnea, la cual está conectada con el nervio óptico. Su nervio está muerto”. Arsenio y sus amigos regresaron al apartamento de Mariana. Arsenio se tiró en la cama y tomó una siesta. Media hora después, Raúl oyó la voz de Arsenio: “Raúl... ven acá... trae papel y lápiz”. Raúl entró al cuarto, se sentó en el borde de la cama y Arsenio le dio instrucciones para escribir el bolero.

Hay muchas versiones. Recomendando la de Willie Torres del disco *Pachanga at the Caravana Club* con Charlie Palmieri y su charanga La Duboney. La de Ismael Miranda y Jerry Rivas en un solar le ronca el mambo, la de Rosalía Montalvo en el disco *Cumbanchando con Arsenio*. La de Benny Moré solo y con Pedro Vargas. Bienvenido Granda con la Sonora Matancera y la de Watussi, para cerrar. Banquete musical pues. ¡Salud!



Segunda parte

Aunque diga el dicho, que nunca segundas partes fueron buenas, Dios sabe lo que hace. Y sabe tanto que ha convertido el desarrollo de este libro en una dicha. Cuando la vida se empeña en revolverme dolores sentimentales siempre pasa algo y el cierre de este libro vino en mi salvación. Romance de bolero y ron, dormía el sueño de los justos, como decía Don José Higuera Miranda, padre de mi compadre Alejandro, tenía dos años sin tocarlo, no hay nada que me encante más que escribir libros y dejarlos a solas, jajaja, es una vaina sadomasoquista mía, era esa hasta que apareció Gustavo Mérida, nuestro loco oficial en el periódico y caminando al Cuchitril, nuestro bar de marras, me espetó que si quería publicar un libro para esta Filven 2022 de entrada le dije que no, porque tuve una experiencia chimba en la anterior, di 4 conferencias y no me pagaron, aunque para salvar a la funcionaria, viuda de un hermano mío fallecido debo decir que fue producto de una confusión, pero cuando Gustavo me dijo que era para la librería digital del periódico acepté. ¿Cuántos quieres?... Le dije tengo cinco jajaja. Y finalmente, fue éste el que quedó.

Solo que debía darle un cierre y en eso estoy. Para hacerlo pensé en los rones colombianos, pero pensando en tres de los grandes autores de ese país, un escritor Gabriel García Márquez y dos pintores, Fernando Botero y Alejandro Obregón. Los dos primeros porque cuentan con sendos rones de colección que reseñaremos aquí y Obregón por afecto y porque conversando con dos condiscípulos de la Javeriana, me contaron varias anécdotas simpáticas y recordé el cuento del cuadro que mató y cómo terminó de regalo para El Gabo. Afortunadamente tenía a mano el libro que me regaló Octavio Martínez en Bogotá en enero de 2020. *La Cueva. Crónica del Grupo de Barranquilla* de Heriberto Fiorillo con fotos de Nereo, un importante fotógrafo colombiano que pertenecía al grupo también.

El cuadro de Blas de Lezo fue el protagonista de esta historia. “El 31 de diciembre de 1979, ante la disputa que dos mujeres de su hogar arman en una fiesta por el cuadro del tuerto Blas de Lezo, Obregón saca un revólver Smith & Wesson calibre 38 y le mete tres tiros al cuadro, preciso a través del único ojo de un guerrero que ha perdido el otro en Tolón, antes de ser gobernador de Cartagena hasta su muerte. ‘Sentí que el cuadro se estaba volviendo más importante que yo’, le dijo a Gabito: ‘De modo que resolví matarlo’... Y una noche de luna, después de sacudirle el polvo y contemplarlo en la terraza de su casa en Cartagena, de criticarlo hasta en los huesos durante una larga charla, aceitada con dos botellas de Tres Esquinas, entregó el cuadro al amigo que había deseado toda la vida tener un Obregón y jamás se había atrevido a pedirlo. Esa noche se lo entregó a Gabito, que se quedó sin aliento”... la simpática historia culmina que dos años después, yendo de paso a Cancún, llegó a casa del Gabo en el DF, con

un paquetico de hilos, agujas, pincel y dos tubos de óleo, y le remendó por el revés de la tela, el ojo sin parche, porque había dejado ciego al tuerto de Lezo.

El Grupo de Barranquilla y La Cueva fueron muy importantes en aquella ciudad que comenzaba a ver crecer grandes talentos, pero sobre todo amigos, como lo fueron Álvaro Cepeda Samudio y El Gabo, y por supuesto Obregón, pero lo más curioso es que entre sus integrantes había un industrial, Julio Mario Santo Domingo, dueño de un imperio y gran consentidor de sus amigos artistas. Por supuesto, que su pase en este libro vale por todos los rones que se tomaron en La Cueva, sobre todo el Tres Esquinas y las miles de cervezas Bavaria que les prodigaba Don Julio Mario, dueño de la cervecera y de Avianca, entre muchas otras propiedades.



Rones de Colombia

A pesar de ser el país del aguardiente, el ron tiene una importancia representativa en Colombia y todo un historial que le da su carnet de identidad en el mundo de los destilados añejados de la caña de azúcar. Las marcas más antiguas son el Ron viejo de Caldas y el Ron Medellín añejo, que son las que conozco básicamente, y por supuesto el ron Tres Esquinas con el cual iniciaré las notas de rones colombianos. Hoy en día, la industria del ron hecho en Colombia tiene formidables ofertas creativas, desde los rones conmemorativos, a Gabriel García Márquez y Fernando Botero, por iniciativa de la Fábrica de Licores de Antioquia y la Gobernación de Antioquia, que son sendas joyas de colección y los rones Dictador de Cartagena y La Hechicera de Barranquilla, que junto al legendario Tres Esquinas, completarán esta selección que quisiera haber ampliado, pero como en la película de Almodóvar, los curadores de esta edición, están al borde de un ataque de nervios.

Creo haber contado que estudié Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, entre mis diecisiete y veinte años, en dónde tuve dos condiscípulos de la Costa Caribe, José Antonio Carbonell de Barranquilla y Marcel Lemaitre de Cartagena, que aparte de compañeros de aula, eran y siguen siendo entrañables amigos. Al final de cada semestre, antes de llegar a Maracaibo, mi compañero de apartamento Alejandro Higuera y yo, nos quedábamos largas temporadas en el segundo callejón Truco del Pie de La Popa, en casa de Gastón Lemaitre y Sixta, padres de Marcel en Cartagena de Indias. Allí conocí el ron blanco, aunque los días de playa que eran todos, jeje aparte del Tres Esquinas con agua de coco, o con puro hielo porque creo recordar que había una versión con el coco incorporado que era mi preferido, pero como decía, en la playa ganaba la cerveza costeña y los inolvidables cócteles de ostras y camarones con galletitas Noel, que eran una delicia.

Hagamos un poco de historia. En el libro *La Magia del Ron Viejo de Caldas 80 años*, “En Colombia el ron es una bebida entrelazada con su historia, la esclavitud, las luchas de independencia, el desarrollo económico y la alegría musical que caracteriza al mundo latino... Existían muchos trapiches campesinos pequeños y aún medianos, donde el trabajo era familiar o contaba con el apoyo de peones asalariados. Por hábito ancestral el conquistador apetecía el vino y sus botijas nunca escasearon. Afianzada la conquista, se introducía el vino por las costas colombianas, no solo por su calidad sino también por una política de protecciónismo de la producción española, medida que se extremó hasta prohibir elaborar mostos de uva y también aceite de oliva en la Nueva Granada. Solo los ricos podían darse el regodeo de paladear caldos de ultramar, los demás lo hacían con chicha, guarapo fermentado o aguardiente. El hecho es que en diversos países indios, según fuese la temperie de la región o la cos-

tumbre de la tribu, siempre se consumió chichas de maíz, yuca, piña, plátanos y guineos; los nativos y sus descendientes mestizos perseveraron en el apego a estos brebajes, cuyo proceso perfeccionaron añadiéndoles jugo de caña para afianzar el sabor y acelerar la fermentación”.

En la página “Licores y Otras Cosas más...” un sitio dedicado a compartir la afición a la cultura, historia y el trabajo que rodea la elaboración de bebidas, licores y maridajes, en el Blog personal FranchoxBar encontramos: “Colombia es el segundo mayor productor de caña de azúcar en el caribe, además de contar con condiciones climáticas muy similares a otros países con una tradición y cultura del ron reconocida a nivel mundial como Venezuela y Guatemala, por no nombrar a las islas del Caribe. Surge una duda, ¿por qué en Colombia no hay rones cuya calidad sea reconocida a nivel mundial? bueno, sí los hay, pero no son muy conocidos en el propio país.

Quien lea esto puede pensar que el consumo de ron en Colombia es algo limitado, o que no es del gusto de los consumidores locales, pero no es así. Si bien la bebida alcohólica más popular es la cerveza, con aproximadamente el 70% del mercado, y el aguardiente es el trago nacional, el ron siempre está presente. Recuerdo en mi juventud ver pasar las botellas de Medellín Añejo y Ron Viejo de Caldas en cualquier fiesta o reunión en mi Curramba querida, pero la diversidad terminaba ahí. ¿Son estos rones de mala calidad? pues no, son bastante buenos en su segmento, pero no se pueden considerar en ningún caso, premium. De ser sólo estos los que has podido probar es posible que con el tiempo digas que no te gusta el ron, son ideales para mezclar, para consumir mientras se prepara un sancocho o tomando un baño en la playa, con un poco de hielo y agua de coco entran de maravilla, pero si lo que quieres es sentarte a pasar un rato degustando un producto top mundial, hay que ver más allá. Por eso vamos a comenzar con el ron Tres Esquinas.

Ron Tres Esquinas

Como ya lo decía, al final de cada semestre en la Javeriana, en vía a Maracaibo siempre hubo una parada obligatoria en Cartagena, en casa de los Lemaitre, donde aparte de los padres de Marcel, vivían sus hermanos Gastonguillo, Fico, ambos fallecidos y la hermosa Jossette. La rutina era ir a Boca Grande después del desayuno, salvo alguno que otro día, cuando el gran papá Gastón recibía a sus amigos artistas, de los que recuerdo a los pintores Enrique Grau y el inolvidable Alejandro Obregón, un fanático del Tres Esquinas.

Obregón era un personaje magnífico, gran artista y cultor del buen amor, cuenta Marcel: “Lo que más le gustaba, Humber, era el ron Tres Esquinas, tal vez por ser originario de Cartagena, como los suéteres amansa locos, que vendían en el mercado de Bazurto”. Daba como alegría verlo llegar en su jeep azul a beber “tresenaqui” con su amigo Gastón el papá de Marcel.

En aquel estado de rumba permanente, el rey de las parrandas era el “tres esnaqui”, como le decía Marcel al ron “Tres Esquinas”, un delicioso ron blanco embotellado en una botella triangular y de allí su nombre. “Un producto natural, elaborado con base en las mieles vírgenes de la caña de azúcar. Su alcohol de altísima calidad y su delicado proceso de destilación, son la mejor garantía de pureza de sus ingredientes y la excelencia de su sabor... su delicado aroma y su añejamiento durante 3 años en barricas de roble que lo hacen muy apetecido por los consumidores”.

Era un divino elixir que puro o con hielo, con agua de coco o jugo de lulo, coruba o maracuyá, era una maravilla o sigue siendo porque después de un largo reencuentro telefónico, por obra y gracia del WhatsApp, en medio de tantas alegrías y recuerdo, hubo una mala noticia: Había muerto nuestro querido Tres Esquinas. Buuuu!... Sin embargo, al fragor del cierre de este libro de *Romance de bolero y ron*, decidí agregar algunos rones colombianos y por supuesto, que la lista la encabezaría el Tres Esquinas, al conversar con Marcel me reitera que la licorera de Bolívar, su fabricante original, ha desaparecido aunque otro amigo me cuenta que la quebraron los políticos, porque ha de saberse que en Colombia la fabricación y venta de bebidas alcohólicas se rige por leyes muy peculiares... No obstante, al indagar me encuentro con un ron Tres Esquinas Reserva 3 Años. Y no sólo eso, también una hermosa historia contada por la página licorea: “Fue en 1697 cuando por primera vez se escuchó hablar de él en Cartagena de Indias. Narra la historia que, un viejo bucanero, tuerto para más detalles y su antiguo compañero de aventuras corsarias y amorosas, el famoso pirata Jean B. Ducasse, (¿será familia de Isidoro, el famoso Conde Lautréamont?), se unieron en las Antillas

a la fuerza naval francesa, al mando del Barón de Pointis, que para aquellas fechas, atacó a la ciudad de Cartagena y se apoderó de ella. Jubilosos por la victoria, los corsarios se dedicaron a festejar. Pronto la noticia se expandió por toda la región. El licor que Ducasse y sus hombres tomaban no era nada corriente. Era una bebida exquisita que “enardecía al hombre y endulzaba a la hembra”. Al poco tiempo, el rumor corría de boca en boca. El licor de los corsarios era un “tesoro escondido”, una fórmula secreta, un proceso de destilación solo conocido por el viejo y tuerto bucanero del que nunca se separaba Ducasse. Hasta que una noche, Deyanira, una irresistible mulata cartagenera, de espíritu alegre y voluptuosas formas, que sabía cómo enloquecer a los hombres, decidió usar los encantos de su cuerpo para poder llegar hasta el tesoro, el licor que todos proclamaban como “El mejor del Caribe”.

Seductora e incontinente, Deyanira conquistó el corazón y la voluntad del viejo bucanero, al que llamaban Gerard Montre. Cuando el momento de partir llegó para los piratas, la hermosa mulata recibió como legado de amor, el que Montre consideraba su más valioso tesoro: la fórmula del licor que él había desarrollado. Deyanira y Montre nunca volvieron a encontrarse, pero de su corta unión nació una hermosa hija; una mujer que treinta años más tarde, recibiría de su madre moribunda el encargo de guardar como un tesoro, el viejo documento escrito en lengua extraña, que describía la forma de hacer el mejor de los licores.

Los años pasaron hasta volverse siglos y una generación tras otra, los descendientes de Deyanira siguieron transmitiendo el encargo que ellos también habían recibido: guardar como un tesoro aquel viejo documento. Finalmente, el que llamaban el secreto mejor guardado de Cartagena de Indias, llegó a manos de quienes supieron engrandecer su valor y hoy, ese que se mantuvo en secreto por muchos años, sigue siendo un verdadero tesoro, el tesoro que lleva dentro cada botella de “Tres esquinas”.

Cómo no va a ser sabroso, un ron con una historia así.

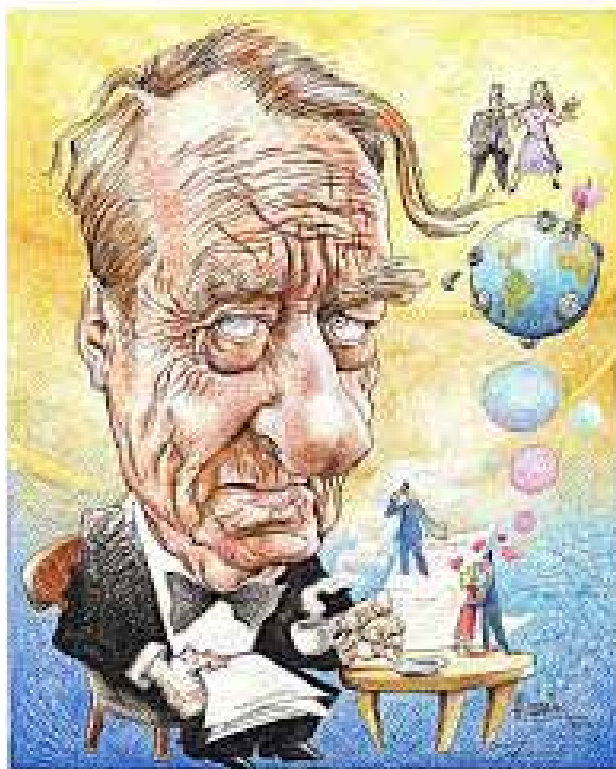
El tango *Tres esquinas*

Aunque no se trata de un bolero, que es la esencia de esta ausencia que me mata, me permito esta licencia, por la homonimia aparecida de mi ron colombiano preferido y que nunca está demás un tango para amenizar estas páginas. Un tango urbano que alude el barrio de Barracas. *Tres esquinas* es un tango con letra de Enrique Cadícamo y música de Ángel D'Agostino y Alfredo Attadia, grabado por primera vez por D'Agostino en voz de Ángel Vargas el 24 de julio de 1941 para RCA Víctor.

Cuentan los cronistas que: “En la década del 20 cuando D'Agostino trabajaba en el Teatro Nacional con la compañía Arata-Simari-Franco representando el *Sainetes Armenonville*, de Enrique García Velloso, compuso el tango —sin letra— que tituló *Pobre piba* ya que la obra se refería a historias del cabaré y de las chicas que allí trabajaban. Terminada la temporada, su autor dejó el tango archivado hasta que a comienzos del 40 después de la función que daba en la Boite Chez Nous lo recordó y se puso a tocarlo con la idea de rejuvenecerlo y a continuación le ofreció a Cadícamo, que estaba presente, que le pusiera letra. El poeta se lo llevó, le trajo una letra y D'Agostino comenzó a ensayarlo con la voz de Angelito Vargas. Iban bien encaminados pero no terminaba de satisfacer al director, hasta que en una de esas a Vargas se le ocurre recitar el comienzo de la segunda parte”.

“Soy de ese barrio de humilde rango / yo soy el tango sentimental... / para luego continuar cantando / soy de ese barrio que toma mate / bajo la sombra que da el parral...”.

Todo un compendio de la cultura argentina que el poeta Cadícamo, autor de *Los mareados* y *Nostalgia*, hizo para cantar a su ciudad, esa ciudad prestada de la Italia original que le salvó la vida y el amor. “El nombre del tango proviene de la denominación no oficial con la que se conocía el barrio que tenía su epicentro en la actual esquina de las avenidas Montes de Oca y Osvaldo Cruz; *Tres Esquinas* era el nombre de una estación del antiguo ferrocarril y existía un bar con ese nombre, que luego fue cambiado por “Cabo Fels” en homenaje al aviador Pablo Teodoro Fels.



Ron Maestro Gabo Reserva Especial

Lo tuve en mis manos y por pena no me lo tomé. Fue en Bogotá en enero de 2020, en casa del escultor Octavio Martínez Charry —gran amigo mío y condiscípulo de la Pontificia Universidad Javeriana— en los años 70, que me había invitado a almorzar una pasta con mariscos, lo que por aquí llamamos “fideuá”, que inventó según Wikipedia films, “Gabriel Rodríguez Pastor, cocinero de una embarcación pesquera del puerto de Gandía, quien cambiase su receta del arroz a banda y en vez de hacerla con arroz, añadiese fideos a su caldo de pescado. Este cambio se debió a que el patrón de la embarcación en la que trabajaba era un aficionado del arroz y muchas veces dejaba a sus marineros sin su ración correspondiente. Por este motivo el cocinero Rodríguez Pastor decidió cambiar el arroz por fideos”.

Así las cosas, el generoso Octavio ya había sacado sus mejores cervezas alemanas, hasta mi adorada Stella Artois, la belga “Estelita” como le dice mi yerno Carlos Reyes. Yo generoso también, le había donado una de mis botellas de Santa Teresa, Gran Reserva y tanta emoción le dio que me sacó la de Ron Maestro Gabo Reserva Especial que le había regalado el arquitecto urbanista colombo-suizo, Germán Roberto Zwinggi Granados en su cumpleaños 70.

Mis lluvias salivares, la locura de mis papilas gustativas en boca hecha agua, en sueño de ron de bodegas de añejamiento, con siembras de 12, 17 y 30 años que “evocan la magia del Caribe y recogen la inspiración del escritor colombiano más reconocido en el mundo”, fue un verdadero paroxismo.

Pero ver aquella botella “virga” que mi amigo me ofrendaba, tal vez sabiendo que yo tenía un plomo en el ala, en lo que siempre creí que adolecía de un ensayo general del coronavirus, los síntomas eran casi igualitos, una tos que me estremeció la musculatura pectoral y abdominal, aunque mis esputos eran blancos y casi nada de fiebre y a pesar de fugarme del hospital de Suba, donde me atendieron, con ganas de dejarme hospitalizado, recordé mis ojeras moradas en el momentos de las nebulizaciones, rodeados de enfermos en aquella emergencia. De pana que no me atreví. Y pelé beber el único ron que se me ha salvado en mi vida. No me atreví.

La noticia fue que la empresa licores de Antioquia fabricó un ron especial en homenaje a Gabriel García Márquez, de color caoba, con notas dulces a vainilla y fruta, combinados con notas de frutos secos, especias y tabaco. Las ganancias que arrojó el fino licor serían destinadas a programas del Instituto de Patrimonio y Cultura de Antioquia, el Museo de Antioquia y a la Fundación Gabriel García Márquez para el nuevo periodismo iberoamericano (FNPI).

¡Se me salvó ese ron! Jajaja.



Maestro Gabo en tiempo de bolero

A estas alturas ya hemos perfilado esta crónica del periodismo sentimental, siempre opacado por los otros periodismos, los inmediatos del día a día y los inmediáticos que corroen las células madres de la capacidad de percibir lo que ciertamente ocurre... Y ocurre que todos sufren o gozan el amor, incluido este que está aquí, a quién ya no quiere nadie. Ese es el tema de esta historia que ya cogió su rumbo. Lo único que nos quedaba por coger jajaja.

La vida me pasó factura por ser un delincuente sentimental irredento y la condena que me da la sociedad —Daniel Santos Dixit—, es la de tratar de soliviantar el dolor de amor ajeno (y propio). Esa es la que va y ha venido viniendo. Mi amigo Rodrigo Riera decía: “Humberto, no es como quién va, es cómo quién viene”.

Un bolero —dijo García Márquez—, es algo que yo admiro muchísimo, expresa sentimientos y situaciones que a mí me conmueven y que sé que a muchísima gente de mi generación conmovió. Un bolero puede hacer que los enamorados se quieran más y a mí me basta para querer hacer un bolero. Lograr que los enamorados se quieran más, aunque sea un momentico, es culturalmente importante y si es culturalmente importante es revolucionario.

Gabo decía que *El amor en los tiempos del cólera* era un bolero de 380 páginas. Pero dejemos a Gabito, porque esa fue una columna para él solito.



Gabo, el bigote que escribía

El Gabo fue fanático del bolero y mucho se ha escrito de su admiración por “El bigote que canta” Bienvenido Granda, cantante cubano de la Sonora Matancera, tanto que se dejó el bigote parecido como un homenaje y en Estocolmo 1982, dijo que por fin hay un nobel a quien le guste Bienvenido Granda. Sin embargo, murió sin poder escribir la letra de un bolero, aunque siempre decía que *La Cólera* era un bolero de 380 páginas, *Cien años de soledad* un vallenato de 450 y que *El otoño del patriarca* lo escribió con la estructura de un concierto de Béla Bartók, porque era lo que escuchaba mientras lo escribía. Su intención se vio frustrada a pesar de pasar un año con Armando Manzanero encerrado en estudios y bares para tratar de escribir un bolero y algo parecido con Silvio Rodríguez en La Habana, pero no le salió.

No por eso dejaba de cantarlos al fragor de las copas y hasta podríamos inducir que se levantó a Mercedes Barcha por inspiración de boleros. Cuenta el periodista Raúl Rivero que lo escuchó cantar *Usted* en un cabaret de Santo Domingo, en el verano del 79. Lo acompañó un conjunto local, un veinte tú, el locutor lo presentó como el cantante colombiano Gabriel García. “Al final, lo aplaudieron hasta la locura el poeta Pedro Mir, el ensayista Manuel Maldonado Denis y otros intelectuales que estaban en su mesa. El público, que nunca identificó al bolerista con el escritor, lo despidió con una armoniosa mezcla de indiferencia y abucheos”.

En su novela *Memoria de mis putas tristes* comenta el personaje principal: “Rosa Cabarcas tomó aire: El bolero es la vida”. Y en *Vivir para contarla* recuerda una noche barranquillera, seguramente con Álvaro Cepeda Samudio: “Bailamos la serie del Mambo número 5 de Dámaso Pérez Prado. Con el aliento que me sobró me apoderé de las maracas en la tarima del conjunto tropical y canté al hilo más de una hora de boleros de Daniel Santos, Agustín Lara y Bienvenido Granda. A medida que cantaba me sentía redimido por una brisa de liberación”.

Existe la versión que cantaba boleros en L’Escafe de París, acompañado por Jesús Soto, pero me extraña que Soto no me lo haya contado después de innumerables noches y dos discos grabados con Rodrigo Riera. No obstante, vaya su testimonio por delante: “En L’Escafe nos reuníamos no para consumir, sino para cantar y ganar algo. Cantábamos canciones mexicanas y boleros cubanos. Yo ganaba por noches unos francos con lo que iba agarrando algo”. Alfredo Lam lo certifica... cantaba a dúo con el pintor Jesús Soto un repertorio de rancheras y boleros.



Angustia

La trompeta con sordina de La Sonora Matancera anuncia un dolor que lame las heridas del corazón, en el recuerdo de noches de playa y esa horrible sensación de perder toda ilusión, cuando se pierde un amor, en la voz de Bienvenido Granda: “Angustia de no tenerte a ti / tormento de no tener tu amor / angustia de no besarte más / nostalgia de no escuchar tu voz / nunca podré olvidar / nuestras noches junto al mar”.

Angustia es un bolero escrito por el compositor cubano Orlando Brito, grabado en 1951 por Bienvenido Granda con la Sonora Matancera, habla del despecho ineludible cuando se pierde el amor, de la tristeza y congoja cuando se acaba el enamoramiento que siempre pensamos que nunca se iba a acabar, esa intensa aflicción de los corazones partidos, esa angustia de no tenerte más.

Tal vez sea el bolero más corto del mundo, son 8 líneas por más que las repita, fue una de 217 grabaciones, que lo convirtió en el cantante que más registro musical dejó con la Sonora, durante sus 10 años de permanencia. Cuentan los cronistas que: en una presentación con la Matancera, en el programa *La Onda de la Alegría*; de Radio Progreso de La Habana, los locutores Gustavo Pimentel Medina y Óscar del Río lo bautizaron “El Bigote que Canta”...

Gabriel García Márquez era de su fanaticada, tanto que se dejó el bigote parecido como un homenaje al cantante y en Estocolmo 1982, dijo: ¡Por fin hay un nobel a quien le guste Bienvenido Granda!... Héctor Ramírez Bedoya, presidente de Corporación Club Sonora Matancera de Antioquia, reseña una declaración del Gabo, reiterando su afición: “Yo llegué a admirar tanto a Bienvenido Granda, que siempre he creído que yo me dejé el bigote para toda la vida por Bienvenido Granda, que lo llamaban ‘El Bigote que Canta’ y en México en los momentos de su gran apogeo, yo usaba el bigote muchísimo más grande y más poblado que ahora y me llamaban los compañeros de trabajo ‘El Bigote que Escribe’. En México donde quiera que se presentaba Bienvenido Granda, yo lo seguía y continuaba teniendo ese chorro de voz tan extraordinario”.

¡Llévatela Génesis! Jajaja.



Ron Maestro Botero Reserva Especial

Con el nombre de Maestro Botero, un ron hecho arte hace 10 años, la principal industria licorera de Colombia lanzó al mercado un ron en homenaje al pintor y escultor colombiano, cuya botella fue diseñada por el mismo artista y además cedió una de sus obras para la etiqueta. Fue un proceso que tomó seis meses durante los cuales el primer paso fue diseñar una botella. Pero para un Ron Botero Reserva Especial, se requería una botella única, así que el propio artista hizo un boceto como si se tratara de una de sus obras, a mano alzada. A tal efecto, escogió para la etiqueta “Hombres bebiendo”, una pintura suya de 2011 que no ha sido expuesta y que él llevó a su colección privada.

Es un ron de 15 años de añejamiento, con tonalidad dorada y matices en color oro oscuro y cobre, de aroma frutal y sabor dulzón, en una edición exclusiva de 100 mil ejemplares. Las noticias sobre esta reserva especial, señalan que los amantes del ron encuentran en este producto “matices ricos en vainilla, frutos secos, amielados de caña y afrutados, notas cálidas y suaves que transportan a paisajes caribeños convirtiéndolo en un ron armónico y equilibrado con cuerpo robusto y único en el mundo”. Para un público de consumidores sensibles a los temas del arte y la cultura, el Ron Maestro Botero se comercializó en once departamentos de Colombia, en una edición limitada de cien mil botellas. Una botella de diseño exclusivo... en un envase excepcional.

El Ron Maestro Botero reúne lo mejor de dos maestros; la inspiración del maestro pintor y escultor y la de la fábrica de licores de Antioquia, conocedora con 90 años de tradición en la fabricación del mejor ron y que ha sido reconocida como una de las 10 mejores empresas del país. Ambos emblemas del departamento de Antioquia... “Dijimos, si queremos hacer una botella conmemorativa tenemos que buscar un ícono o un motivo y creo que para nosotros los colombianos, Botero es lo suficientemente representativo y contundente”, cuenta Fernando Restrepo, gerente de la licorera.

“Considero que las rentas de Antioquia me hacen un homenaje poniendo mi nombre al nuevo ron ‘Maestro Botero’. Es una identificación más con mi región”, afirmó el maestro Fernando Botero.

Esta iniciativa de la fábrica de licores de Antioquia y la Gobernación de este departamento, además de ser un reconocimiento a los 80 años de vida del maestro Fernando Botero, busca aportar las utilidades al Museo de Antioquia y al Instituto de Patrimonio y Cultura de Antioquia.



Gorda

Quien no se haya despechado escuchando un disco de Gabriel Siria Levario, mejor conocido como Javier Solís, que tire la primera piedra o por lo menos llorar abrazado a una rocola, en un botiquín de mala muerte. En cuanto a las gordas debo confesar que es poca mi experiencia, siempre me gustaron flacas, aunque nunca tuve sentimientos “gordofóbicos”, pero era un problema de gusto y atracciones mutuas, también que yo era un flaco espigado con una prominente manzana de Adán, al menos cuando era más joven. Aquí es donde Rubén diría lo de como en una novela de Kafka, “el borracho dobló por el callejón y el flaco Márquez se enamoró de su gorda”.

“Gorda, reina de mi vida / cuánto te quiero / gorda, gorda consentida / cómo te adoro / estar junto a ti / decirte lo que siento / verte feliz / y ser tu pensamiento”, debo confesar antes de ser condenado por un tribunal feminista, que me encantó mi gorda, tampoco es que fuera gordísima y cómo era altísima, hasta se le veían bien sus kilitos.

Como me ha solido suceder en esta larga vida de amoríos, me tocó pagar condena por delincuente sentimental y un buen día la gorda me dejó, cuando me traje mis cositas a Caracas, una amiga me prestó un apartamento frente a la UCV y por esas casualidades, cuando se me acentuó el despecho me acuerdo que mi espejo quedó en mi escritorio, y cuando empezó la lloradera quedé como Héctor Lavoe en ausencia, al ver en el espejo el rostro mío y cuando puse a Javier Solís, se soltaron los lagrimones otra vez: “Gorda, mi único tesoro / mi único anhelo / gorda, tú eres quien adoro / eres mi cielo / hoy te ofrezco mi amor / este verso y esta flor / y llevarte aquí en mi pecho / junto a Dios”.

Pero bájense de esa nube porque como muchos temas de letras que pudieran parecer de índole romántica, pasa con ésta que tiene una inspiración angelical, porque Solís se la pidió especialmente al compositor Rubén Fuentes Gassón, para su hija Gabriela, recién nacida y la grabó con el mismísimo Mariachi de Silvestre Vargas.

Rubén Fuentes, fue un violinista clásico, arreglista, productor discográfico y compositor mexicano, recordado por sus contribuciones a la música de mariachi. Fue uno de los compositores de cabecera de Javier Solís.

Botero ha declarado que él no pinta gordas, pero como dicen por aquí “se parecen casi igualitas”, jeje... por eso, nada cómo esta gorda de Fuentes para acompañar el Ron Maestro Botero, aunque en realidad era una gordita porque era una niña recién nacida.



A manera de epílogo

Como todo tiene su final, a éste libro le llegó el suyo y quedaron pendientes algunos rones colombianos que tendrán que esperar para una segunda edición, así los clásicos Ron Viejo de Caldas y los Medellín añejos, serán parte de una segunda camada, pero también quedaron unos relativamente nuevos como el ron Dictador de Cartagena, el ron La Hechicera de Barranquilla y el Ron Parce, inicialmente destilado en Panamá con materia prima de la zona colombiana de Armenia, envejecido en Colombia y destinado casi en exclusiva al mercado estadounidense.

En dos meses estaré en Bogotá por un evento familiar, e iré haciendo diligencias para conocer estos rones y escribir en consecuencia, por lo demás espero que hayan disfrutado este libro, cómo debe ser, probando cada uno de los rones mencionados, pero como eso es un poco difícil, cada lector se habrá inventado la fórmula de catar los rones más accesibles y escuchando los mejores boleros.

No puedo cerrar, este libro sin agradecer especialmente a Génesis Chávez, quien puso lo mejor de sí para corregirlo en tiempo record, e incluso cuidar la edición, y a su jefa Carol Hernández, que siempre estuvo pendiente. A Bernardo Suárez, director de fotografía y Enrique Hernández, quién gentilmente nos hizo las reproducciones fotográficas. No podían faltar mis panas Kike Gavilán y Jesús Arteaga, por sus palabras de aliento y consejos claves. Julietnyz Rodríguez con sus ilustraciones y la obra original que me regaló hace un tiempo que propuse como portada. Y obviamente a Freddy La Rosa y María Isabel Guerrero que se ocuparon de la diagramación y el diseño y cerrar por supuesto con el agradecimiento especial a Mercedes Chacín y Francis Zambrano, quienes me hicieron la propuesta que sacó este libro de una congelación que pudo ser definitiva. Y a Niedlinger Briceño, que a pesar de sus múltiples ocupaciones, aceptó la coordinación de esta edición. Muchísimas gracias a todos.

Como aquella canción de Héctor Lavoe “Todo tiene su final, nada dura para siempre / tenemos que recordar que no existe eternidad, / como el lindo clavel solo quiso florecer y / enseñarnos su belleza y marchito perecer”, pero para cerrar con el broche de bolero, quiero colocar mi reseña del bolero de Pedro Flores, *Amor Perdido*, que es una suerte de himno personal, que me encanta en la voz de Carmen Delia Dipiní... ahora sí, hasta la segunda edición y las otras que vengan!

¡Salud!

Amor perdido

De los más emblemáticos boleros de despecho, *Amor perdido* es el más reivindicador de orgullos, esos que quedan aplastados cuando suenan las trompetas del desamor. Este bolero de Pedro Flores es sanador, curador de almas y de desastres sentimentales, ungüento para esa profunda tristeza que queda cuando un amor se va y se han visto casos que se van amándote y eso, si es una tragedia descomunal.

De las anécdotas reseñadas por los cronistas se cuenta que María Luisa Landín, su mejor intérprete, estaba renuente a grabarlo porque había sido estrenado 10 años atrás por Manolita Arreola. Incluso María Luisa y su hermana Avelina lo habían grabado a dúo. Forzada por la RCA Víctor, aceptó grabarlo como solista, con la orquesta de José Sabre Marroquín. Dios supo lo que hacía, hasta el sol de hoy es un tablazo radial que alivia los corazones “partíos”. En 1950, filmaron la película *Amor perdido*, dirigida por Miguel Morayta, con las rumberas cubanas Amalia Aguilar y Yadira Jiménez, acompañadas por Tito Junco, obvio María Luisa cantando y también con Dámaso Pérez Prado y María Victoria. Este bolerazo también trascendió a la literatura. En 1977 Carlos Monsiváis escribió la crónica *Amor perdido*, un muestrario de personajes que de modos diversos, insólitos a veces, ilustran facetas de la sociedad mexicana.

De los pasajes que más me gustan de este bolero es la analogía con el juego, para quienes hemos sido jugadores de ruleta y otras herramientas lúdicas. A quienes sabemos del todo o nada, nos entra un fresquito cuando dice: “Todo fue un juego, nomás que en la apuesta / yo puse y perdí / fue un juego y yo perdí / esa es mi suerte / y pago porque soy buen jugador”. Pero cuando pregunta ¿qué más puede decirte un trovador? Ahí es donde se sube la gata a la batea y me siento tan identificado que para mí es un himno sentimental a la hora de las rupturas deseadas o indeseadas... perfecto para la aceptación, el momento más difícil... “Vive tranquila / no es necesario que cuando tú pases me digas adiós / no estoy herido y por mi madre que no te aborrezco ni guardo rencor / por el contrario, junto contigo le doy un aplauso al placer y al amor...” (el final es de película) ¡Que viva el placer, que viva el amor! Ahora soy libre, quiero a quien me quiera, ¡que viva el amor!... La última que cierre la puerta... jajaja.

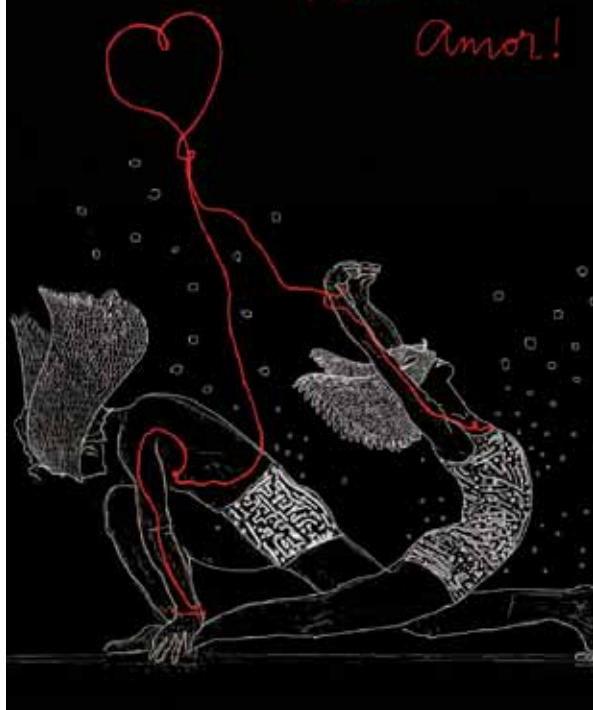
todo fue un juego, nomás en
la apuesta yo puse y perdí

¡Que viva el placer!

¡Que viva el Amor!

ahora soy libre, quiero a
quien me quiera

¡Que viva el
Amor!





Humberto Márquez

Romance de bolero y ron